

EL CORREO DE ULTRAMAR

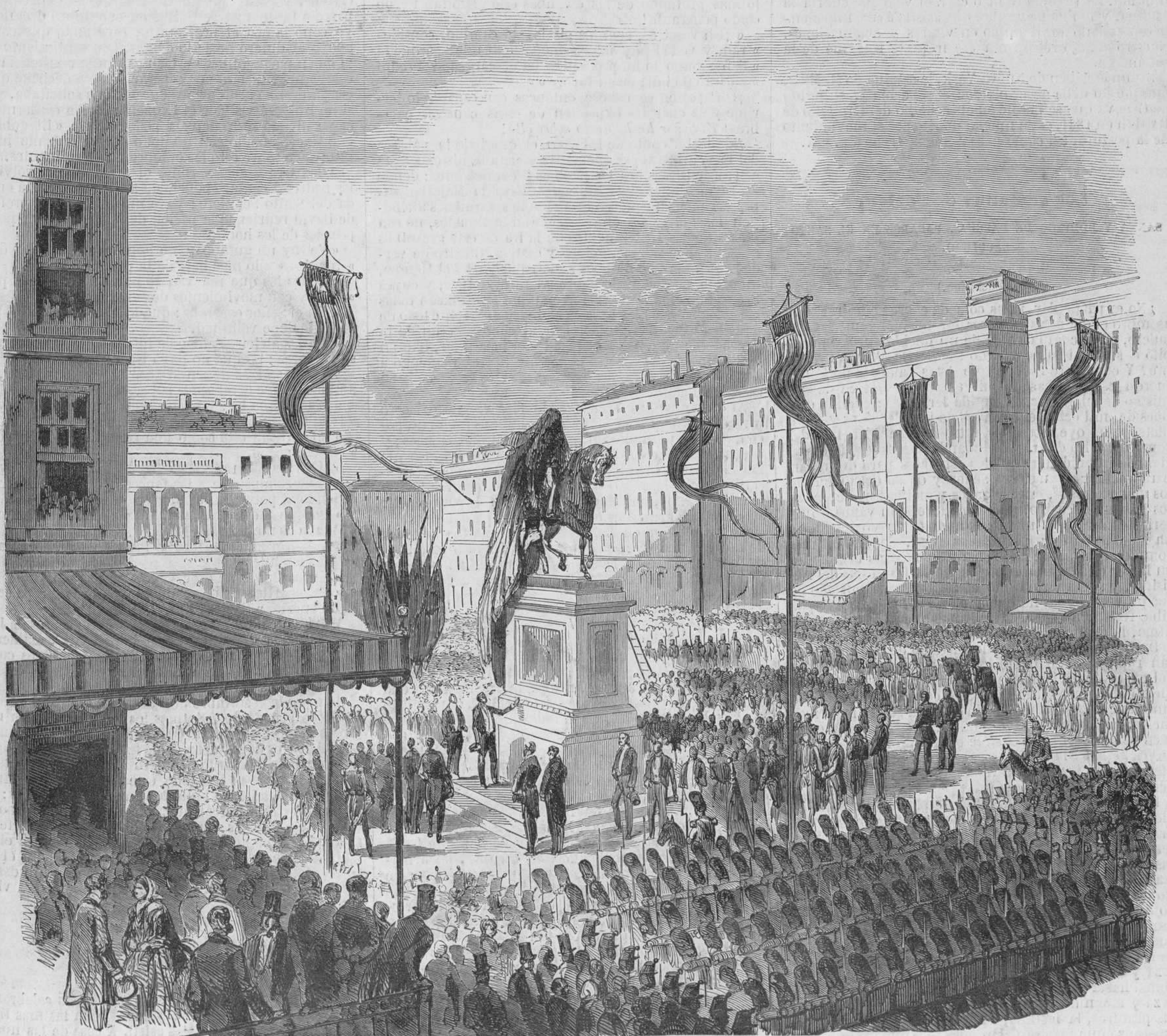
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris

Año 19. — N° 379.



INAUGURACION EN WASHINGTON DE LA ESTATUA DE WASHINGTON, POR EL PRESIDENTE BUCHANAN, EL DIA 22 DE FEBRERO DE 1860.

M. Martínez

SUMARIO.

Inauguración en Washington de la estatua de Washington; grabado. — **Las semanas de Pasión, santa y domingo de Pascua pasados en el Santo Sepulcro.** — **Inundación de la aldea de Ilfarth en el alto Rin;** grabado. — **El misterio del campo de los Broes;** grabados. — **El descendimiento de la cruz;** grabado. — **La Dama de noche.** — **Los funerales del mariscal Reille;** grabado. — **Presentación a la reina Victoria de los oficiales de los cuerpos voluntarios;** grabado. — **Revista de París.** — **El doctor Antonio.** — **Varada de la fragata blindada la Normandie en Cherburgo;** grabado. — **La marea del 9 de marzo de 1860;** grabado. — **Teatros de París;** grabados. — **Cancion a Jesucristo crucificado.** — **Jesús se despide de su Santísima Madre.** — **La agonía.** — **La espiración.** — **Llanto de Nuestra Señora.** — **Mapa de la vertiente de los Alpes;** grabado.

Inauguración en Washington

DE LA ESTATUA DE WASHINGTON.

El 22 de febrero se celebró en los Estados de la Union americana el aniversario del nacimiento de Washington con toda la solemnidad que se acostumbra en esta gran fiesta patriótica. En ese mismo día el presidente, M. Buchanan, inauguró en Washington la estatua ecuestre del primer presidente de la federación americana, ceremonia que tuvo lugar en medio de un gran concurso de funcionarios públicos y de tropas que habían acudido de los diferentes puntos para dar mayor solemnidad a ese acto.

M. Buchanan ha dado la última mano a la conclusión del monumento, y con este motivo recibió del gran maestro de la francmasonería en los Estados Unidos la paleta de honor, la misma que sirvió en 1793 a Washington, a la sazón presidente de la república americana y gran maestro de la orden masónica, para la colocación de la primera piedra del Capitolio de Washington. En seguida se hizo caer el velo que cubría la estatua, y la muchedumbre que asistía a este imponente espectáculo prorrumió en vítores y aclamaciones. Nuestro dibujo representa ese instante solemne de la ceremonia.

Segun escriben de Nueva York, la estatua de M. Mills, aunque no debe hacer olvidar el soberbio Washington de Canova que se perdió en el incendio del Capitolio de Raleigh en 1834, es de mucho mérito por el movimiento de la postura, así como por su buena ejecución. X.

Las semanas de Pasión,

SANTA Y DOMINGO DE PASCUA, PASADOS EN EL SANTO SEPULCRO.

(Conclusion.)

¿No es particular, no es cosa de causar admiración y asombro el oír estas palabras en torno del mismo Sepulcro, en el cual la rabia de un pueblo furioso precipitó a su víctima, creyendo sepultarla allí para siempre? Y cuando se medita que estas palabras proféticas fueron escritas mas de mil años antes cerca de este mismo Sepulcro por un rey de Jerusalem; cuando despues de mil ochocientos años de inútiles ligas y complots, se les oye retumbar entre las sagradas bóvedas como un grito de triunfo; cuando hemos vivido en un siglo de iniquidad en que los esfuerzos para destrozarse, para sacudir el yugo del Señor y de su Cristo fueron los mas violentos, encarnizados y artificiosos de cuantos habían precedido, y sin embargo, tan vanos é ilusorios como los primeros; cuando como yo mismo se ha sido testigo de las últimas ligas, de los últimos complots, en que se ha visto a los poderosos obstinados en hacer que cesasen sobre la tierra las fiestas del Altísimo, y se ha visto cómo el Señor se ha burlado de sus proyectos y les ha hablado en su furor, ¿no es posible resistir a estos sentimientos que se apoderan del alma, la dominan, la trasportan y arrebatan!

Despues de esta admirable sucesión de pensamientos tan rápidos como diversos, producidos por los salmos del oficio de tinieblas, parecería desde luego que las fuerzas del alma deberían quedar como agotadas, y que enteramente embebida, no podría ya sentir nada mas fuerte, mas doloroso ni mas dulce. Sin embargo, las lamentaciones del mas sensible de los profetas de Israel, cuyos gemidos la Iglesia junta a los cánticos de David, vienen a ejercer una nueva acción mas energética y poderosa sobre ella.

Era antiquísima costumbre entre los hebreos el deplorar con cánticos fúnebres las desgracias públicas y privadas, la muerte de los reyes, de los príncipes, guerreros, héroes y las grandes calamidades con que el cielo castigaba a las ciudades y nación judía. Los profetas traen muchos ejemplos; es tambien raro que el anuncio de los males de que están amenazados los pueblos no esté acompañado de estas especies de lamentos ó cantos de tristeza sobre la suerte de aquellos, sobre los que caerían los castigos del cielo. Pero por la grandeza de los males que manifiesta ó que vaticina, por la viveza y energía de sus quejas, por la sensibilidad que anima hasta el mas mínimo de sus acentos, por la belleza y magnitud de sus imágenes, por la verdad de sus pinturas, la lástima, la compasión, el terror y la esperanza que inspiran, Jeremías mas que ningún otro toca el corazón, lo remueve, perturba, espanta, enter-

nece, entristece, aterra, abate, levanta, consuela, y sin utilizar ninguno de los ingeniosos medios de que se vale el arte, descubriendo menos el talento de lo que acusa la debilidad del hombre, le arrastra en cierta manera consigo por todas las partes que la inspiración le obliga a seguir, haciéndole sufrir todos los estados, todas las situaciones por las cuales le ha hecho pasar el Espíritu divino de quien él es el intérprete.

Y si esto es así, en cualquier parte y en cualquiera circunstancia que se lea ú oiga leer a Jeremías, juzguese qué deberá ser durante el aniversario del mayor de los crímenes y de la mas grande calamidad de Jerusalem, encontrándose uno en el mismo lugar donde deshecho en lágrimas este profeta, se sienta y escribe sus lamentaciones suspirando en la amargura de su corazón: cuando se le oye decir a grandes gritos:

¿Quomodo sedet sola civitas plena populo? facta est quasi vidua domina gentium; princeps provinciarum facta est sub tributo.

Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus; non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus...

¿Es posible reprimir los suspiros y contener las lágrimas a la vista de la pintura que despedaza el corazón cuando dice: «Esta ciudad antes la reina de las naciones, ahora entregada al abandono, al dolor y a la viudez: abandonada de sus amigos, vendida por sus allegados: extendiendo inútilmente las manos sin encontrar quien se digne consolarla!»

Y ¡qué espectáculo para aquel que se encuentra en Jerusalem, el ver hoy día en ella lo que vió el profeta. «Estas calles de Jerusalem que lloran al ver que nadie se acerca a sus solemnidades, sus sacerdotes que gimen, sus vírgenes abismadas en la aflicción, sus puertas destruidas, y ella misma anegada en la amargura, sus enemigos oprimiendo su cabeza, y sus hijos arrastrados a la cautividad por su perseguidor que los lleva delante!»

¡Oh! ¡con qué celeridad llega dolorosamente hasta lo mas profundo de las entrañas este grito tan tierno como penetrante!

«¡Oh vosotros, cuantos pisais este camino, considerad, y ved si hay dolor semejante al mio! porque el Señor como lo ha prometido ha descargado sobre mí su ira en el día de su furor.»

¡Oh! ¡cómo se conoce entonces con espanto lo terrible y la enérgica expresión de estas concisas palabras: *El Señor ha hablado sobre ella!*

Admirable canto de luto, en el que bajo la palabra del Espíritu Santo se encuentra escrita la historia de la cólera de Dios sobre los pueblos prevaricadores: donde los reyes y vasallos criminales hácia la Majestad suprema, pueden conocer que aquellos a quienes atribuyen los golpes de que se sienten lastimados, no son mas que los instrumentos de la ira de este gran Dios que por ellos sacude, golpea y castiga. Cuadro de verdad contra la cual no podrá adelantarse jamás el tiempo, así como no lo puede sobre el mismo Dios, y cuyos rasgos han sido, son y serán siempre aplicables a todas las catástrofes de los imperios y naciones, sobre todo de aquellas que distinguidas con el conocimiento de la verdadera religion y desconocido sus beneficios, habrán merecido por este exceso de ingratitud el abandono a todos los desórdenes, así como a todos los castigos de su sacrilega locura.

Al concluirse las *Tinieblas* el padre vicario del coro primeramente y luego los otros religiosos hacen un poco de ruido, pegando con los libros sobre los bancos; y al instante así como entre nosotros en Europa, los niños de dentro de la iglesia ó detenidos en la puerta ensordecen con las matracas y otros instrumentos que habían prevenido, partiendo despues de allí, para repetir su estrepitoso ruido frente las casas de los católicos.

Este ruido que en la Iglesia de Occidente se explica de muchas maneras, se interpreta generalmente aquí como un recuerdo del sacudimiento de las peñas, terremoto y trastorno de la naturaleza en la muerte del Redentor.

IV.

JUEVES SANTO.

El jueves santo, aniversario de la institución de la sagrada Eucaristía, Sacerdocio y Lavatorio, es mas particularmente designado en la Palestina bajo el nombre de *Día de los misterios*. Del mismo modo que en todo el universo católico y sobre todo en la Iglesia del Oriente, hasta la época en que se estableció la fiesta especial del *Corpus*, se celebra en Jerusalem con mas pompa que en ningún otro lugar de la cristiandad.

En este día la Iglesia estaba adornada como en los de mayor solemnidad. Todavía era mas considerable que el domingo de Ramos el concurso de los fieles de Jerusalem, de Belén, de peregrinos, de curiosos, de armenios ó de mahometanos: cada uno procuraba ponerse tan inmediato como podía al Santo Sepulcro.

La misa solemne empezó a las nueve. El preste y presbíteros asistentes iban con ornamentos de terciopelo negro bordado en oro de realce, tan perfectamente bien acabado, que no creo haber visto en mi vida otro mas rico ni mas magnífico. Estos ornamentos se han empleado durante los tres últimos días de la semana santa. Se me ha dicho que eran una dádiva de un arzobispo de Valencia, y que le costaron noventa mil francos.

Despues de acabado el santo sacrificio, se presentaron seis religiosos con capas brillantes de oro y plata, con un magnífico palio para recibir debajo al reverendísimo

padre guardian, que con grande pompa lleva el Santísimo Sacramento al Sepulcro. Puestos en dos filas los padres de la Tierra Santa, y haciendo otro tanto los fieles con hachas en las manos, cantando himnos y acreditando con una marcha lenta y respetuosa, por un recogimiento profundo la firmísima fe y vivísimo reconocimiento al augusto misterio, sigue la procesión dando tres veces la vuelta al Santo Sepulcro, y en la última se detiene en la puerta. El preste acompañado de los asistentes entra en el interior iluminado de antemano con muchas lámparas y cirios, deposita la sagrada Eucaristía en un tabernáculo portátil de plata labrada con exquisito gusto, colocado sobre el mármol que cubre el Sepulcro, y despues de haberle adorado por algunos instantes, sale y desde el umbral de la puerta entona las vísperas del día mientras que en la iglesia se despojan los altares.

El sagrado cuerpo del Señor queda así sobre el sepulcro hasta al oficio del siguiente día. En este intermedio los padres turnando de dos en dos vienen sucesivamente cada hora a pasarla en adoración. El acceso está prohibido a los legos, y aun a los peregrinos que no son religiosos.

A las dos y media comenzó el lavatorio. Esta ceremonia que recuerda de un modo interesante la profunda humildad del Salvador, se hace en la puerta del Santo Sepulcro con la mayor solemnidad. Habían sido nombrados de antemano doce religiosos para representar los doce apóstoles, y tuvo el honor de ser comprendido en este número. El reverendísimo padre guardian, revestido con alba y asistido del diácono y subdiácono, vino hácia nosotros, y doblando las rodillas nos lavó los pies con el agua de una palangana de plata; los enjugó, y habiendo hecho con el pulgar sobre ellos la señal de la cruz, los besó humildemente entregando en seguida a cada uno en recuerdo un pequeño crucifijo de nácar.

Tenia formado el proyecto de lavar en este mismo día los pies a doce niños pobres a la hora y en el mismo sitio en que Nuestro Señor los había lavado a sus discípulos, y para este fin trasladarme al Cenáculo. Me pareció tanto mas asequible en cuanto mi drogman y yo conocíamos al propietario, esperando que con su apoyo el dinero haría lo demás. Con sentimiento mio ví de su parte tantos obstáculos y una resistencia que estaba muy distante de esperar. Vino a decirme que le era imposible acordarme la gracia que solicitaba, y que si no hubiese visitado el Cenáculo, debía conformarme con salir de Jerusalem sin poderle ver: «El gobierno egipciaco, añadió con un tono afirmativo, me ha comunicado sobre esto las órdenes mas terminantes...»

A las tres y media, como el día anterior, volvieron los padres a cantar el oficio de las *Tinieblas* a la entrada del Santo Sepulcro; y de nuevo oí la voz profética de David refiriendo la pasión de Jesús, pagando por los pecados de los hombres:

«Yo soy un gusano y no hombre: el oprobio de los hombres y lo mas bajo de la plebe.

» Todos los que me ven se burlan de mí con palabras y con movimientos de cabeza.

» En el Señor esperaba: que lo liberte: sálvelo, pues que le tiene voluntad.

» No os alejeis, Señor, de mí, porque la tribulación está cerca: porque no hay quien me ayude.

» Mis enemigos tienen la boca abierta contra mí, como leon que arrebató y ruge.

» Como agua he sido derramado, y se han descoyuntado todos mis huesos.

» Mi corazón está como una cera, derritiéndose dentro del pecho.

» Háse secado mi verdor como barro cocido, y mi lengua está pegada a las fauces, y tú me vas conduciendo al polvo de la muerte.

» Porque me rodean muchos perros: el consejo de los malos me tiene sitiado.

» Taladráronme los pies y los manos: me contaron todos los huesos.

» Y me estuvieron observando y mirando.

» Se repartieron mis vestiduras y sobre mi ropa echaron suerte.» (PSALM. XXI, 7, 8, 9, 12, 19)

Volví a oír de nuevo los lamentables acentos de Jeremías, que la desnudez de la iglesia sin ornamentos ningunos hacían todavía mas tristes; gemidos continuos seguían al compás de las lamentaciones sobre los padecimientos del Hombre-Dios.

Aunque la costumbre antigua ha canonizado el uso de no ceder los padres latinos los santuarios a los religiosos del culto cismático, sino despues de terminados sus oficios, es decir, despues de haber retirado la sagrada Eucaristía del Santo Sepulcro quedando entre tanto cerrada la iglesia; con todo este año se ha suscitado una grave pendencia entre los armenios y griegos: habituados estos a buscar querellas a los católicos, no les escaseaban ultrajes por mas que no tuviesen parte alguna en las contestaciones que se tenían entre ellos. Como estas ocurrencias inspiraron temores para el día siguiente, el gobierno turco al efecto de prevenir desórdenes, hizo guardar la puerta con la mas severa vigilancia.

V.

VIERNES SANTO.

El viernes santo los padres franciscanos celebraron el oficio de la mañana en el Calvario con las mas tiernas ceremonias a las cuales asisti. A cosa de las nueve los desaforados gritos que se oían por los alrededores de la iglesia interrumpieron repentinamente su continua-

cion: el tumulto iba en aumento y procedía de una violenta lucha entre armenios y griegos. Impacientes unos y otros pedían con furor que se abriese la puerta, y empujándose, dándose encontrones y gritando, procuraban recíprocamente echar á un lado á los que se oponían para ser los primeros en entrar. Algunos minutos después reparamos, no sin sobresalto, que la fuerza ó la traición había abierto la puerta, y que la multitud corría por todas partes á manera de un torrente que ha roto sus diques. El padre Perpetuo, secretario de la Tierra Santa que estaba á mi lado, dió entonces un grito diciendo: ¡Gran Dios! ¡y el Santísimo Sacramento! A estas palabras salto del Calvario, atravieso con bastante dificultad las oleadas de la multitud, y me precipito dentro del Santo Sepulcro decidido á perder la vida antes que permitir una profanación sacrilega. Permanecí allí solo; y afortunadamente la guardia turca logró contener á los mas obstinados por medio de una resistencia enérgica, dando el tiempo de acabarse las santas ceremonias. El Santísimo Sacramento fué procesionalmente transportado á la iglesia de los padres franciscos, y los santuarios no se dejaron á los griegos hasta que se retiraron los católicos.

Durante la comida, toda la comunidad, con el padre guardian á la cabeza, comió de rodillas; no se sirvió mas que pan y agua con algunas hojas de ensalada.

A las tres y media los padres marcharon al oficio de Tinieblas como los dos días precedentes. Esta era la última vez que debía oír en Jerusalem la voz del profeta de Anatoht cuya idea me hizo todavía sentir mas la ternura de sus lamentos. Seguramente todos sabemos cuán viva es la impresión que hacen las palabras y votos de aquellos á quienes se ama, cuando llega la hora de la separación, y sobre todo cuando se está íntimamente convencido de que no volverán á verse mas y que se hablan por última vez: entonces mas que nunca el corazón se oprime, los suspiros se exhalan y los ojos nadan en lágrimas. Es una pena como la que produce la disolución de los vínculos que la muerte acaba de cortar. Tales, y si se quiere mas penosas, eran las angustias que sentí cuando Jeremías me hizo oír sus palabras, tan perfectamente de acuerdo con el doloroso misterio del viernes santo, y con los pensamientos que ocupaban mi alma.

«Faltó el gozo de nuestro corazón: convirtiéndose en luto nuestra danza.

» Cayó la corona de nuestra cabeza; ¡ay de nosotros! porque pecamos.

» Por esto nuestro corazón ha quedado melancólico; por eso se han cubierto de tinieblas nuestros ojos.

» A causa del monte de Sion que fué destruido, y anduvieron por él las raposas.

» Pero vos, oh Señor, permaneceréis eternamente, y vuestro solio de generación en generación.

» ¿Nos olvidareis pues para siempre? ¿Nos desamparareis, por largura de días?

» Volvednos, Señor, á vos, y nos volveremos: renovad nuestros días como al principio.» (Oración de Jerem., ver. 13, 21.)

A fin de grabar mas profundamente en los corazones el recuerdo de la pasión y muerte del Salvador, y excitar mas y mas los sentimientos de compunción, reconocimiento y amor que deben producir los padres en el viernes santo de cada año, hacen una función del todo conforme al genio de los orientales, de la cual no se hallan ejemplos mas que en las misiones de Africa, que probablemente la habrán tomado de lo que se hace en la Palestina.

Por medio de una figura en relieve de estatura natural, cuya cabeza y miembros son flexibles y se prestan á los diferentes movimientos que quieren dársele, representan la crucifixión, descendimiento de la cruz y sepultura de Jesucristo, de modo que hagan sensibles y sorprendentes todas las circunstancias principales.

Esta ceremonia a la vez tierna y sensible se hizo á la caída de la tarde en medio de una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños, atraídos unos por una sincera devoción, y otros por simple curiosidad.

Reunidos los padres de la Tierra Santa en la capilla de la Virgen Santísima, salieron á las seis yendo á la cabeza el que llevaba el grande crucifijo escoltado por dos jóvenes árabes del monasterio. Los religiosos y fieles marchaban lentamente en dos hileras con una hacha en la mano, rezando en tono penetrante unas veces el *Miserere*, otras el *Stabat*.

La procesion se detuvo primeramente en el altar de la división de los vestidos, y en seguida en el de los improperios para dar lugar á algunas palabras sencillas pero llenas de unción, que un padre español dijo en cada uno de estos sitios referentes á las dolorosas escenas de la Pasión que ellos recuerdan. En seguida continuó su marcha sin interrupción hasta la cima del monte Calvario.

Allí el religioso que llevaba el crucifijo le depuso respetuosamente al pie del altar, y el padre español prosiguió su discurso en presencia de la multitud enternecida y bañada en lágrimas, refiriendo los lamentables sufrimientos é ignominias del Salvador hasta el momento en que fué clavado en la cruz.

Entonces cesó de hablar, y habiéndose clavado la imagen en la cruz, el crucifijo fué levantado y puesto en el mismo lugar en que fué elevada la verdadera cruz sobre la cual se consumió la salud del género humano. El padre entonces con una voz interrumpida y sofocada por los gemidos, recordó las últimas palabras y postreros momentos de la augusta víctima, inmolándose en este mismo lugar para expiar nuestros pecados y reconciliarnos con su Padre. Pero cada vez era mas difi-

cil poderle entender. La multitud violentamente excitada por lo que había precedido, ya no atendía mas que á lo que veía, y las palabras apenas la alcanzaban en medio de los gritos, sollozos, suspiros y lágrimas.

Después de un cuarto de hora concedido al dolor para darle tiempo de aliviarse, uno de los padres con tenazas y martillo subió á lo mas alto de la cruz, quitó la corona de espinas, y mientras que los frailes sostenían el cuerpo con bandas blancas pasadas por los brazos, arranca los clavos de manos y piés, y pronto la efigie de Cristo fué bajada casi del mismo modo que lo había sido Jesucristo.

El celebrante primero y en seguida toda la comunidad se adelantan en silencio, se prosternan y besan con respeto la corona y los clavos, los cuales fueron presentados inmediatamente á la veneración de la multitud.

Desde luego la procesion sigue su marcha guardando el mismo orden anterior. Un religioso trae en un azafate de plata la corona y clavos. Otros cuatro toman la efigie y la llevan como á un difunto á quien se va á enterrar. Se detienen en la piedra de la unción para imitar sobre ella la piedad de José de Arimatea, de Nicodemus y de las santas mujeres. Preparado todo con anticipación, la piedra cubierta con una tela blanca muy fina, con los vasos de perfumes en los cuatro extremos y el cuerpo envuelto en un sudario, coloca sobre ella descansando la cabeza en una almohada. El preste le rocia con esencias, hace quemar inciensos, y después de estar en oración algunos instantes, manifiesta en pocas palabras el motivo de esta estación. Desde allí se prosigue el camino hacia la iglesia; la santa efigie se deja sobre el mármol del Santo Sepulcro, concluyendo la ceremonia con un discurso.

VI.

SÁBADO SANTO.

Al siguiente día sábado santo, los padres celebraron el oficio con solemnidad. La bendición del fuego, del cirio, lectura de las profecías, bendición de las fuentes bautismales, la misa y ceremonias que la acompañaron se diferencian muy poco de lo que se practica en nuestras iglesias del Occidente. Pero lo que no puedo pasar en silencio porque para mí siempre es un objeto de admiración, es la pompa y majestad del culto divino, de esta piedad, modestia y gravedad de los buenos padres, que en todos tiempos, pero sobre todo el sábado santo, ofrecen un contraste tan notable y raro con el culto, talante y maneras de los obispos y sacerdotes griegos. El sábado santo es el día en que estos abusan de un modo el mas grosero, aunque el mas ventajoso para ellos, de la simplicidad y estupidez de sus correligionarios. Para ridiculizar la antigua costumbre de la Iglesia latina de sacar nuevo fuego del puestre, les hacen creer que ellos tienen la predilección divina, cuidando el cielo de enviarles el fuego pascual, y que por un singular privilegio sus obispos son los únicos mortales felices y escogidos para recibirle en sus manos.

Después que su procesion ha dado tres vueltas al Sepulcro, un obispo con dos sacerdotes que le asisten, se encierran en él, permaneciendo así hasta que segun ellos dicen el Señor ha oído sus súplicas. Durante este tiempo los sacerdotes y diáconos apiñados en las inmediaciones de la puerta, cantan en alta voz entre el ruido y los clamores de un pueblo impaciente por ver el cumplimiento del prodigio. Pronto se anuncia que el pretendido fuego celestial ha bajado, desde luego se encienden las lámparas, abrense las puertas, preséntase el obispo con unos pequeños cirios en los cuales brilla la divina llama, y la multitud admirada gritando milagro, milagro, con una hacha se apresura á llegar para recoger su parte. Testigo ocular como he sido de esta ridícula supercheria, de esos gritos y algarabía que tanto sirve á sus intentos, me veo obligado á confesar que si alguna cosa me pareció verdaderamente prodigiosa, es precisamente la inconcebible estupidez de los que son así burlados.

En este día el gobernador de Jerusalem acompañado de los oficiales de primera graduación asiste al oficio, es un derecho que se ha reservado; cuando quiere se presenta con las mujeres de su harem. Había venido para ver las diferentes ceremonias y entre otras la de la distribución del fuego de los griegos. ¡Cosa notable! jamás comienza la operación milagrosa sino cuando él está presente y da la señal. En el momento que hubo hablado, el cielo obedeció, y se hizo patente que para enviar el fuego pascual á los predilectos, Dios había tenido la dignación de aguardar que un turco diese el permiso.

A media noche los padres volvieron á rezar el oficio. No soy joven y he viajado mucho; durante mi vida he visto cosas bellas, pero no recuerdo que haya jamás sido testigo de un espectáculo mas magnífico ni mas imponente en el que me ofreció la iglesia del Santo Sepulcro en esta noche del sábado al domingo de Pascua. Imaginaos una nave de grandor inmenso iluminada por todas sus partes con un gusto y riqueza extraordinarios, diez mil peregrinos vestidos con sus mejores trajes con hachas encendidas en las manos; las mujeres y los niños ocupando los vastos espacios de las galerías, igualmente con sus cirios, y todos á un tiempo haciendo retumbar por aquellas sagradas bóvedas el glorioso grito de *Alleluia*; mientras que los obispos cubiertos de oro y pedrería, precedidos de turiferarios

que embalsaman el paso con el incienso, y seguidos de un considerable número de sacerdotes con capas blancas ricamente bordadas de oro, dan la vuelta al Santo Sepulcro con orden y segun el puesto asignado á cada nación, cantando himnos y cánticos en honor de aquel que ha triunfado de la muerte con su resurrección; imaginaos, digo, un tal espectáculo, y calculad si podeis, la impresión que debió producir en mi alma y en la de cualquiera que hubiera sido testigo de ello. De mí puedo decir que borró hasta el recuerdo de las escenas dolorosas que poco antes me habían entristecido. *Alleluia, Alleluia*, gritaba en los trasportes de una alegría de que no me era posible moderar los fervores; *Alleluia, Alleluia*. Bendecía al Dios de las misericordias por haber dirigido mis pasos á Jerusalem, y acordado la gracia de unir mis gritos de alegría á los de los piadosos cristianos que tenían la dicha de celebrar la victoria de su Divino Hijo, en el mismo sitio en que el Hijo había triunfado.

A una noche tan grata y consolante para el alma sucedió la luz del día mas grande, de este día por excelencia que el Señor ha hecho. Asistí á los diferentes oficios en los que vi que se lucía lo mas magnífico de cuanto la Europa cristiana había enviado en otros tiempos mejores. Las colgaduras con que estaba adornada la iglesia, las cruces, los candeleros, las lámparas, los ornamentos pontificales, los de los simples presbíteros, todo recordaba la antigua munificencia de los reyes sugerida por su piedad. Un altar pomposamente cargado de cuanto pudiese realzar el brillo de la solemnidad, estaba preparado á la puerta del Sepulcro. Allí fué donde el padre guardian celebró de pontifical el santo sacrificio. Por sí mismo dió la comunión á numerosos fieles y á los peregrinos, los cuales de dos en dos y con entero recogimiento se acercaron á la santa mesa; terminando su oficio con una bendición solemne.

Mañana y tarde se pasaron en la oración y en una santa alegría; era de noche y todavía se oían los himnos en la iglesia, resonaban en sus bóvedas los cánticos, pero muy particularmente el de gloria: *Alleluia*.

EL P. MARIA JOSÉ DE GERAMB.

Inundación de la aldea de Illfurth en el alto Rhin.

Habiéndose dulcificado súbitamente la temperatura el día 27 de febrero último con una lluvia abundante, se precipitó el deshielo de las nieves en todo el Sundgan que forma la parte superior del valle del Ill (Alto Rhin), y el agua corriendo con rapidez por una tierra helada profundamente, produjo en el espacio de algunas horas inundaciones desastrosas para una parte del departamento. Esa crecida debida á causas excepcionales, ha presentado efectos inesperados. Terrible en la parte superior del valle del Ill, donde las aguas se elevaron sobre el nivel mas alto que se ha conocido, parecida á una ola inmensa que arrastraba consigo árboles y restos de construcciones, perdía de su intensidad á medida que se adelantaba por la vasta llanura de la Alsacia.

De este modo hacia Colmar, el nivel de las aguas quedó á 0,25 bajo el de la crecida de 1832, y en Estrasburgo no pasó de lo ordinario. Pero durante unas dos horas, todo el país desde Waldighoffen hasta Ensisheim no presentaba mas que el aspecto de un lago inmenso, que cortaba las comunicaciones y sorprendía á los carruajes en camino, que no todos por desgracia pudieron escapar al peligro. En la mayor parte de las localidades inundadas, las campanas advertían á los habitantes que se ponían á trabajar con ardor para cortar ó contener los estragos.

Damos en nuestro dibujo de la página siguiente una de estas escenas terribles de la inundación en la aldea de Illfurth.

El misterio del campo de los Brocs.

En los últimos días de enero del año actual, los periódicos franceses hablaron (y nosotros lo hicimos en una de nuestras últimas revistas) del descubrimiento de diez y nueve cadáveres que acababan de hacer varios jornaleros empleados en las obras del ferro-carril de Paris á Lyon por el Bourbonnais, al abrir una zanja en un campo dependiente del pueblo de la Celle del Loira, á unos ocho kilómetros de Cosné.

Algunos días después se supo que se habían hallado seis esqueletos mas. Una carta de M. Bossu, maestro de escuela y secretario de la alcaldía de la Celle, inserta en la *Publicité nivernaise*, añade que los trabajadores habían hallado además en el mismo campo una cabeza de perro, algunos huesos de caballo, asno ó mula, y un fragmento de lanza de unos 25 centímetros. Esta carta recordaba tambien que hace como cosa de unos veinte años se habían descubierto quince esqueletos en el mismo sitio.

Los facultativos llamados á examinar los restos humanos recién hallados, opinaron que debían haber sido enterrados hacia veinte y cinco años cuando menos.

El campo en donde estaban estos huesos dista dos kilómetros de la aldea de la Celle; quince metros los separan del Loira y doscientos del camino imperial; su espacio es de diez áreas; está rodeado de un cercado, y

dentro de él hay tres casas, de las cuales dos sirven de habitación, y la otra es un cortijo.

En el camino imperial, enfrente del campo de los Brocs, está situada la *posada de la Girafa*. Esta posada, construida hace unos treinta años, pertenece hoy á un cantonero llamado Grimard. En el día mas que posada es una taberna.

Una correspondencia publicada en los periódicos hacia del amo de la posada de la *Girafa* el héroe probable de los grandes crímenes que supondrían los esqueletos.

El autor de esta correspondencia dice que el amo de la posada y del campo, despues de haber hecho inútiles esfuerzos para que el ferro-carril no pasara por su propiedad, viendo que iban á comenzar las obras, se apresuró á ofrecer el ejecutar por sí y á su costa en su propiedad las excavaciones que eran necesarias.

No se tardó en comprender el motivo de estas ofertas que la administración del ferro-carril no habia querido aceptar.

A esto seguia una relacion muy pintoresca del descu-

brimiento de los veinte y cinco esqueletos, y la noticia de que se habia puesto en la cárcel al posadero con su mujer y su hijo.

El que tal escribia tenia malos informes.

El amo de la posada de la *Girafa* no habia sido preso, y su familia estaba libre como él; no habia insistido en que el trazado del ferro-carril no atravesara el campo de los Brocs; por último, no habia ofrecido ejecutar á su costa en el campo de los Brocs las excavaciones necesarias, y esto por la simple razon de que ese campo no es suyo.

Este campo pertenece á un hombre llamado Francisco Guillot.

Este hombre, interrogado el 31 de enero por el señor procurador general, ha sido encerrado, despues de su interrogatorio, en la cárcel de Cosne.

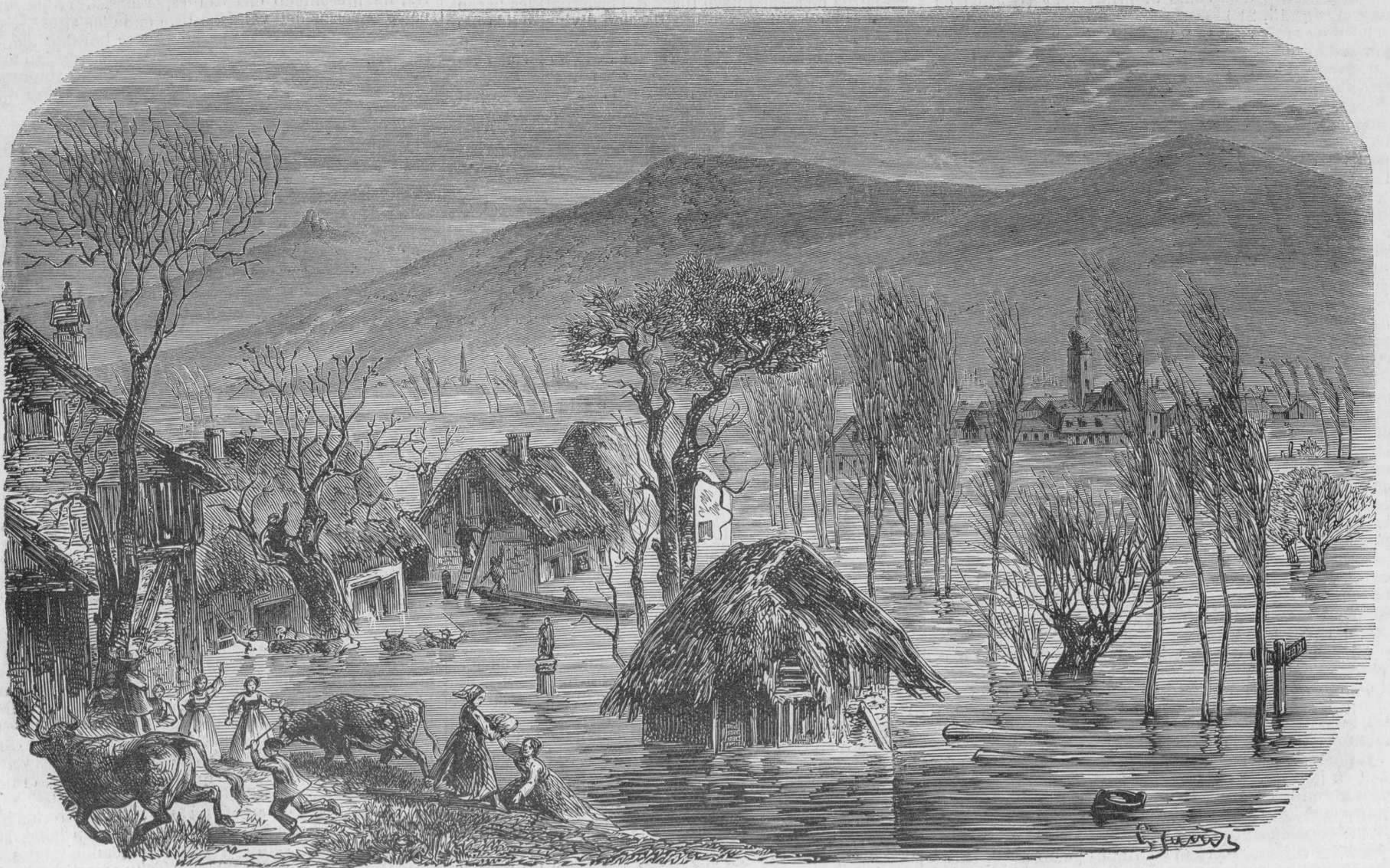
Guillot tiene cincuenta y ocho años. Dicen que su hermana se suicidó hace ya algun tiempo.

Un dia sabremos mas pormenores sobre el asunto por los diarios judiciales, si ha lugar á ello.

H.



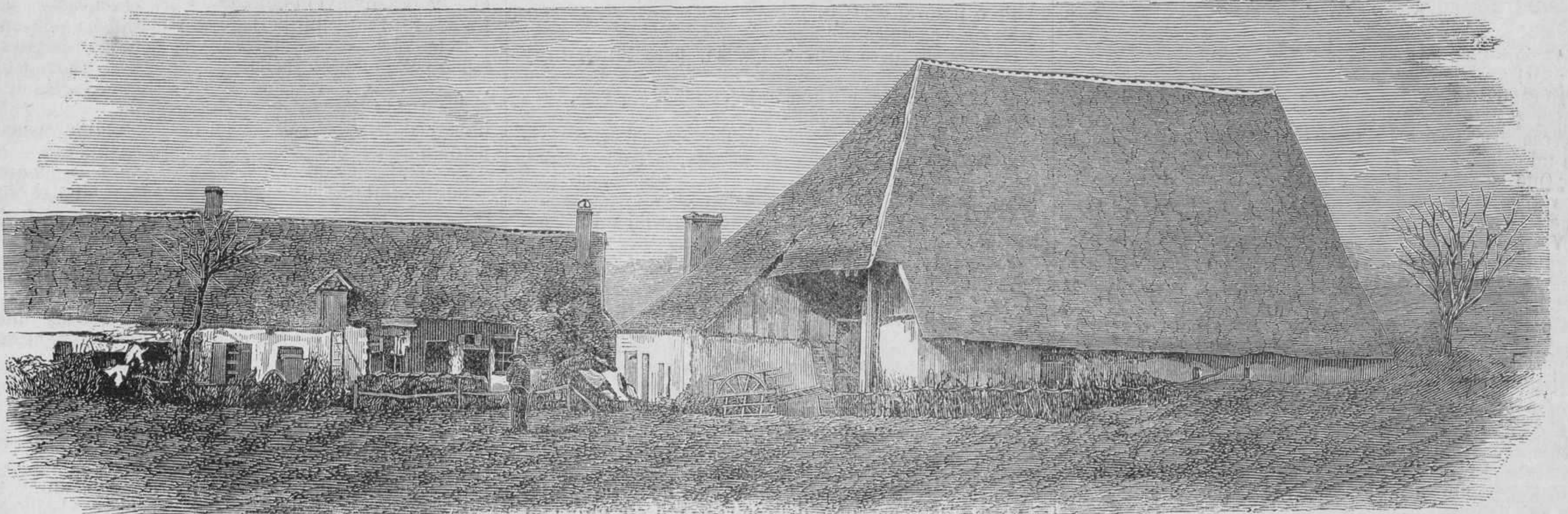
EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, PINTURA DE LESUEUR.



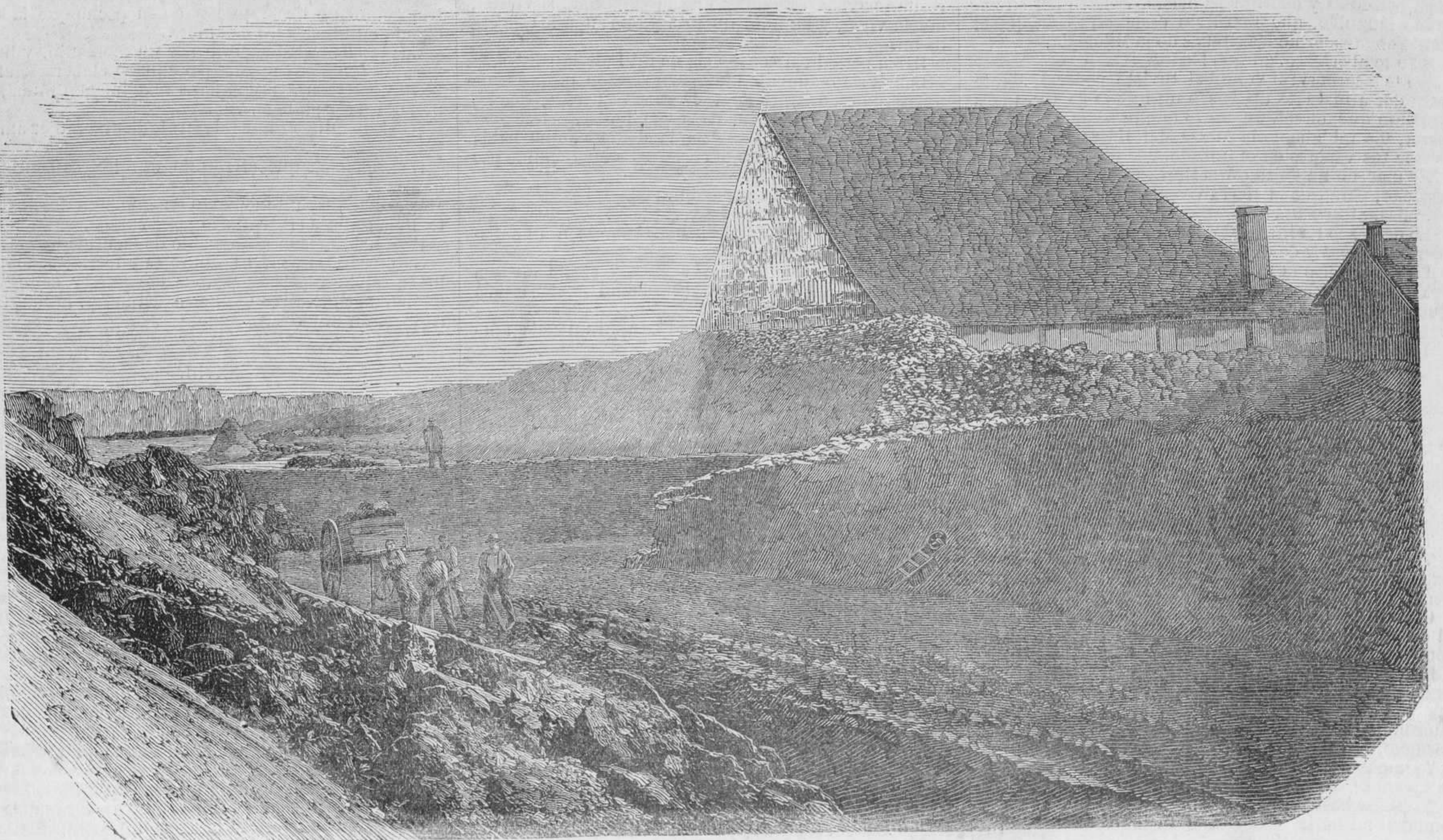
LA CRECIDA DEL RHIN. -- INUNDACION DE LA ALDEA DE ILLFURTH (ALTO RHIN.)



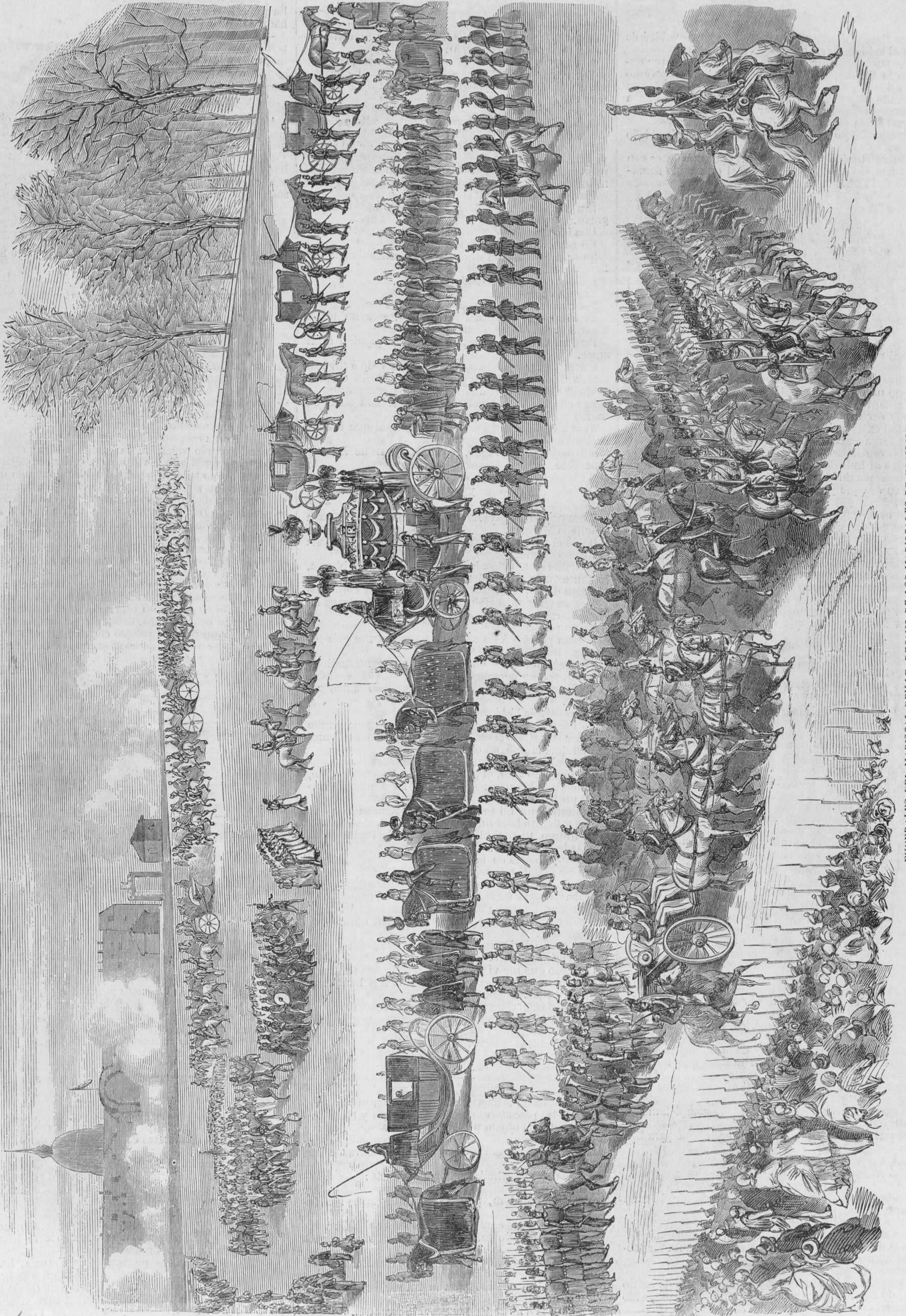
LA POSADA DE LA GIRafa EN LOS BROCS, CERCA DE LA CELLE DEL LOIRA, EN EL DEPARTAMENTO DEL NIEVRE.



CASA DE HABITACION Y GRANJA PERTENECIENTE A LA FAMILIA GUILLOT; CAMPO DONDE SE HAN HECHO LOS PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS RELATIVOS AL MISTERIO DE LOS BROCS.



EL CAMPO DE LOS BROCS; ZANJA EN DONDE SE HAN HALLADO LOS HUESOS.



FUNERALES DEL MARISCAL REILLE, DECANO DE LOS MARISCALES DE FRANCIA.



JANET LANGR

PRESENTACION A S. M. LA REINA VICTORIA EN EL PALACIO DE SAN JAMES DE LOS OFICIALES DE LOS VOLUNTARIOS INGLESSES.

Presentación a la reina Victoria de los oficiales de los cuerpos voluntarios.

Esta brillante ceremonia que los ingleses han designado con el nombre del « Gran día de los voluntarios, » tuvo lugar en el palacio de San James el 7 de marzo último. Habíanse reunido en Londres unos 3,000 oficiales de los cuerpos voluntarios de las provincias, á fin de presentar á la reina sus homenajes y de ofrecerla sus servicios.

La reina Victoria rodeada de su familia, de las personas de la corte y de los principales ministros, recibió con benevolencia á los oficiales, formados en destacamentos separados á las órdenes de los lores tenientes de sus provincias que se encargaron de la presentación. Los diferentes grupos desfilaron por delante de la reina por regimientos y compañías, precedidos del oficial mas antiguo que entregaba al pasar al gran chambelán colocado á la derecha del trono, una lista de los oficiales presentados.

En la tarde de aquel día la mitad de los oficiales se reunieron en un banquete bajo la presidencia del duque de Cambridge, y la fiesta se terminó con un gran baile en Floral-Hall, Covent-Garden.

Puede decirse que los cuerpos voluntarios formados bajo el impulso de un patriotismo digno de elogio se hallan hoy sólidamente constituidos, y que la Inglaterra debe sacar de esa excelente institución grandes ventajas bajo todos conceptos; principalmente como medio para desarrollar el espíritu militar entre la juventud que hasta el día mostraba repugnancia por el servicio terrestre.

Revista de Paris.

En varias ocasiones hemos hablado ya á nuestros lectores de una curiosa manía de los parisienses, que consiste en adquirir autógrafos. Hay personas que hacen todos los sacrificios imaginables por poseer una carta, una línea, la firma nada mas de un personaje célebre. En el hotel Drouot se venden con frecuencia colecciones de autógrafos que los aficionados se disputan con encarnizamiento, y no hace mucho que se ha despachado una muy notable comprada por un ruso, en la que figuran cartas de los autores contemporáneos de mas nombradía.

Esta colección tenía la particularidad de haber sido formada por una señora de talento, una viuda que ha brillado durante algunos años en la mejor sociedad de Paris.

Esta señora frecuentaba mucho las reuniones y daba ella dos ó tres grandes soirées cada invierno. Todas sus tentativas para recibir un día por semana habían fracasado lastimosamente. No todo el que quiere logra reunir un círculo constante; una noche el salón está poblado, y luego en las semanas siguientes se encuentra medio vacío, cosa que horripa á los parisienses, pues no conciben diversion alguna sin exceso de gente.

La viuda se hallaba tanto mas expuesta á tropezar con este escollo, cuanto que no quería recibir mas que á hombres distinguidos, á las celebridades de la época; y estos señores tienen demasiados asuntos y relaciones para mostrarse asiduos en reuniones periódicas.

No pudiendo tener en su casa á los hombres notables de Paris, la viuda se tomaba el trabajo de buscarlos y frecuentaba con ahínco los salones en donde habia probabilidad de encontrar alguno.

Jóven aun, bonita, elegante y de talento, reunia todas las cualidades que hacen sobresalir á una mujer y que atraen en su derredor muchos homenajes.

Pero los admiradores que mejor reciben todas las mujeres, no obtenían á su lado mas que frialdad y desden.

Los mozalvetes á la moda no eran de su gusto; el dandy mas seductor se esforzaba en vano para conquistar una mirada risueña. La viuda se deshacía inmediatamente de estos importunos para dejar lugar á cortesanos mas dignos.

Los que ella recibía con mucho agrado eran los hombres célebres de toda clase, artistas, literatos, poetas, oradores y hombres científicos de gran reputación.

Cuando habia logrado que la presentaran uno de estos hombres, la viuda desplegaba para agradecerle todas sus gracias y todo su talento; atacaba en derechura su corazón ó su vanidad, le cautivaba y le hechizaba, y cuando le tenia bien fascinado, sabia sustraerse con mucha habilidad á una declaración de viva voz, y le ponía en el caso de que la manifestara sus sentimientos por escrito.

Era todo cuanto quería, una carta.

La viuda no tenia mas que una pasión; la afición á los autógrafos.

En cuanto habia logrado esta declaración escrita por el hombre célebre, la novela estaba concluida.

¡Adios las dulces miradas, las tiernas sonrisas, adios todos los fingimientos de la coqueteria!

El suspirante tan bien acogido hasta entonces se hallaba delante de una mujer armada con una frente severa, y que le decía con el acento de la mas profunda indignación:

—¿Cómo se ha atrevido Vd. á escribirme semejante carta? Es una ofensa que en mi vida le perdonaré. No me vuelva Vd. á dirigir la palabra, figurese Vd. que no nos hemos conocido.

Despedido de esta manera cuando contaba ya con su buena fortuna, el hombre de talento se retiraba confuso, atónito, estupefacto, y la dama se apresuraba á conquistar un nuevo autógrafo.

Así compuso su colección, que es única en su clase.

Los aficionados ordinarios se contentan con cualquiera cosa; en estando la firma ya está todo.

La viuda en cuestión, que no hacia ningun caso de lo au-

tiguo, y solo recogia cartas de sus contemporáneos, quería, en el refinamiento de su pasión, que todas estas cartas estuviesen dirigidas á ella, y que todas tratasen el mismo asunto, una declaración de amor, es decir, el texto mas interesante del mundo, aquel en que el autor muestra todas las galas de su estilo para expresar sus sentimientos mas íntimos.

En el espacio de una docena de años que la viuda tardó en formar este monumento epistolar, hizo preciosas adquisiciones á beneficio del medio ingenioso que habia puesto en planta.

La mayor parte de las ilustraciones artísticas y literarias de la época la pagaron el tributo que solicitaba con tanto empeño.

En el número de estos tributarios se contaban muchos que parecían debían sustraerse á las maniobras de la dama por su posición ó por su edad. Pero los hombres mas graves no se hallan á cubierto de los ataques de una mujer bonita, y la gravedad que dan los años es rara vez un preservativo en los hombres de imaginación.

Un dandy que ha pasado su primera y su segunda juventud en la carrera de las buenas fortunas toma su retiro y cesa de hacerse ilusiones fácilmente; pero los hombres de gran talento, los hombres que se han ilustrado por sus obras intelectuales, están llenos de flaquezas y siempre se dejarán engañar por quimeras que lisonjeen su amor propio.

La gente lo dice, y si no se lo dicen ellos:

— Los laureles ocultan las arrugas; los hombres de talento nunca son viejos; la gloria es un diploma de eterna juventud, etc., etc.

Y confiados en estas sentencias absurdas se lanzan atrevidamente á las empresas mas temerarias, ó se abandonan con delicia á las burlas mas crueles.

Citemos un ejemplo.

Hay en Paris un hombre que ha sabido adquirirse por sus obras científicas una reputación merecida. Sin estar en primer término ocupa una buena posición en la aristocracia de los sabios.

Por una metamorfosis singular que divierte mucho á sus amigos, este docto personaje que pasó su juventud en estudiar, y su edad proveya en escribir y en conquistar su posición, se convirtió mas tarde en lo que es hoy, en un aspirante al papel de don Juan Tenorio.

Se distingue por su exageración en el vestir; adopta todas las modas de los mozalvetes, y se da como un gran inteligente en caballos, aunque en su vida haya aprendido la equitación.

En vez de apoyarse en un buen bastón, como deberia hacerlo, lleva siempre un latiguillo elegante en su mano estrechamente ajustada en el guante amarillo. Sus sombreros ostentan la última forma. Su cabello y sus patillas están teñidos de un hermoso negro. Siempre anda dando vueltas por los salones, y todavia no ha renunciado al baile. Las mujeres son el objeto de sus atenciones asiduas, incesantes; y desdeñando sus contemporáneas, dirige sus galanteos á las mas jóvenes que encuentra, siendo muy de notar que las hace la corte seriamente, y con la sincera esperanza de enamorarlas.

No hay nadie que no se ría con tan extravagantes pretensiones, y algunas mujeres forman empeño en vengarse de él, porque con sus persecuciones se cruza entre sus proyectos y las incomoda con una rivalidad tan indiscreta como insensata.

Así ha llegado á ser víctima últimamente de una broma algun tanto pesada.

Una jóven á quien no dejaba á sol ni á sombra, le habia dado permiso para presentarse en su casa á una hora en que debia estar fuera su marido.

Nuestro hombre llegó rebotando esperanza, pero apenas habia comenzado á ofrecer sus homenajes, cuando se oyó la campanilla.

— ¡Cielos! exclamó la jóven, es mi marido, y es celoso como un tigre... Pronto, ocúltese Vd. ahí y no se mueva; si no nuestras vidas están en peligro.

Y el galán fué empujado dentro de un armario, que la señora cerró despues con llave.

Al instante oyó un ruido de voces que le causó el terror mas profundo, y despues reinó el silencio.

La jóven habia salido alegremente para ir á pasearse al bosque de Boulogne, y habia resuelto dejar al venerable seductor encerrado algunas horas en el armario.

Pero la lección era un poco dura. Cuando á la vuelta del paseo abrieron el armario, encontraron al infeliz medio sofocado, desmayado y casi moribundo.

Un médico llamado á toda prisa devolvió la vida al paciente no sin algun trabajo. De esto resultó una enfermedad que sin duda no le curará de su manía, pues á su edad tales extravagancias no tienen cura.

Una carta de este sugeto figura en la colección de la viuda; y esta fué obtenida fácilmente.

En cambio, es verdad que hay otras que la costaron mucho, y mas de una vez por satisfacer su capricho singular la viuda se halló comprometida.

Pero las sospechas llegaron á desaparecer cuando fué evidente para todos que sus manejos tenían por objeto alcanzar autógrafos, y que siempre se habia detenido en la declaración, esto es, en el prólogo de la comedia del amor.

Tambien la sucedió alguna vez el fracasar completamente en sus conquistas epistolares.

Un jóven y célebre escritor, ya difunto, habia descubierto su estratagema y la dijo un día:

— Usted no quiere oírme, y yo pienso saber cuál es la razón.

— ¿Cuál es?

— Quizá se figura Vd. que yo me explicaría mejor por escrito.

— ¿Qué dice Vd.? exclamó la viuda sorprendida con la observación y sin saber qué decir; pues si es verdad que deseaba una carta, se guardaba muy bien de insinuarlo ni remotamente; esto la habria quitado el derecho de enfadarse cuando la habia recibido.

— Quiero decir que Vd. me interrumpe siempre cuando hablo; pero quizá me leería Vd. con mas placer que me escucha.

— ¿Y de dónde proviene esa suposición?

— De varias observaciones que he podido hacer yo gracias á mis antecesores. Pero es inútil; la prevengo á Vd. que me sería imposible redactar una petición amorosa; no sé escribir para solicitar, escribo solo para dar gracias. Al buen entendedor...

La viuda tuvo que renunciar á tener en su colección una carta de ese escritor impudente.

Muy discreta y avara de su tesoro, añade M. E. Guinot, de quien hemos extractado estas noticias, no enseñaba sus autógrafos sino á un corto número de personas íntimas, y tenia dicho que por ningun precio se desprendería de una sola de aquellas cartas.

Y así ha sido; para que se vendieran públicamente ha sido preciso que la viuda llegara á morir y que otros dispusieran de ese tesoro.

En la semana última apareció en el banco de la policía correccional una jóven de veinte y dos años, bonita si las hay y con un aire de inocencia que encantaba.

La jóven llamada Leonia Leveque, estaba acompañada de un militar retirado, el mayor Saint-Cirque, con quien habia formado sociedad con el fin de facilitar dinero á los hijos de familia, y en general á todas las personas incultas, con un interés de ciento y ciento cincuenta por ciento, que se repartían lealmente los dos cómplices.

Nadie habria creído al ver á Leonia Leveque, tan elegante, tan graciosa y sobre todo con el candor que rebosa su fisonomía, que á las veinte primaveras podia entregarse á tal oficio. Pero ¿qué no se ve en Paris?

Leonia no se contentaba con prestar dinero, sino que alquilaba joyas y hasta billetes de banco.

Supongamos un jóven que quiere producir efecto en sociedad y que se halla enteramente desprovisto de capitales y de alhajas.

Pues bien; se le presenta la feliz ocasión de trabar amistad con el mayor Saint-Cirque, y por su conducta puede obtener joyas y dinero en casa de Leonia Leveque.

Un billete de banco de 500 francos no costaba mas que 20 francos al mes, es decir, casi de balde; preciso es ser bien pobre para privarse de dejar caer del bolsillo ese papellito en momento oportuno.

¡ A cuántas cosas no puede aspirar un jóven que tiene en su poder un billete de quinientos francos!

La especulación de Leonia y del mayor Saint-Cirque era excelente; tanto que la primera ha sido condenada á tres mil francos de multa y cuatro meses de cárcel, y su cómplice á tres meses de encierro y mil francos de multa.

MARIANO URRABIETA.

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

Los frescos medio borrados sobre las paredes deterioradas por el tiempo, la estatua mutilada de la fuente de mármol que daba frente al pórtico, el blason esculpido sobre las puertas y sobre las grandes chimeneas del interior, todos estos vestigios de un esplendor pasado, fueron notados y registrados á favor de la signora Eleonora.

El doctor Antonio que llegaba para el almuerzo, encontró á sir John en pié con la cabeza alzada como si quisiera adivinar el uso de una especie de embudo de doble abertura que estaba sobre la puerta principal.

El doctor entrando en explicaciones, le dijo que el aparato aquel que llamaba su atención, era un accesorio de la mayor parte de las casas próximas á la costa, destinado á poner á los habitantes en estado de arrojar aceite hirviendo sobre los agresores.

La aparición de Eleonora que volvía del jardín con la mano de Lucy en la suya, completó la serie de impresiones agradables que acababa de experimentar sir John.

Incapaz de manifestar sus sentimientos de otra manera, corrió al encuentro de la anciana y la ofreció la mano hasta la casa con la mayor cortesía.

Eleonora no era solamente una señora de buen tono, como dijo despues el baron al oído de Antonio, sino que tenia una dignidad en sus modales, como se ve en las personas de una corte.

La mesa estaba puesta en el terrado, y Eleonora y sus huéspedes almorzaron á la sombra de una parra, que sostenida por un enrejado caía en festones y formaba una pared de verdura por todas partes, menos al Mediodía, para no ocultar la vista magnífica del mar.

Eleonora hizo los honores de la mesa con una gracia enteramente aristocrática. No pertenecía á esa numerosa especie de personas que emplean sus pesadumbres como una maza contra aquellos que las escuchan. El hecho es, que en las dos horas que habia pasado con Lucy, no habia hecho la mas ligera alusión á sus infortunios personales, y Lucy aunque deseaba ardientemente demostrarla sus simpatías, no se habia atrevido á tocar á un asunto que la otra separaba de la conversacion con tanto empeño.

Alentada no obstante con la presencia del doctor, nuestra buena Lucy se decidió á preguntar á Eleonora cómo estaban sus hijos. Entonces ella respondió que estaban bien, segun las últimas noticias que habia recibido.

— ¿Recibís noticias á menudo? preguntó Lucy titubeando.

— Sí; respondió la anciana; hasta el día, gracias á

Dios, las cartas de mis hijos han llegado á mi poder mas tarde ó mas temprano.

Después del almuerzo, Lucy fué á buscar á su cuarto el dibujo que habia hecho de la casa de la signora Eleonora.

Este dibujo causó sumo placer á la anciana, y le colgó en su salon diciendo que no le veria nunca sin pensar en su jóven amiga.

Pero habia llegado la hora de despedirse.

Eleonora quiso acompañar á sus huéspedes hasta el extremo de la avenida.

Sir John la ofreció el brazo, y era un gusto ver con qué cortesía y qué respeto la llevaba, con qué cuidado arreglaba su paso por el de ella.

Eleonora y Lucy se despidieron no como unas personas que se conocen hace poco rato, sino como verdaderas amigas.

Los ojos de Lucy se humedecieron de lágrimas cuando dió un beso á la italiana en sus arrugadas mejillas diciendo:

— ¡Quiera Dios que un dia os sean devueltos vuestros hijos para vuestro consuelo!

Gruesas lágrimas llenaron tambien los ojos de Eleonora, cuando al besar á la fresca y hermosa jóven, respondió:

— Dios escuche vuestra plegaria. Vivo con esa esperanza; pero si el Todopoderoso ha resuelto otra cosa, alimento la fe de que nos veremos en el cielo. ¡Dios os bendiga! ¡Adios!

Y se separaron.

Eleonora no se movió durante largo rato é hizo una señal postrera con la mano antes que sus huéspedes desaparecieran en el recodo del camino; después á pasos lentos y con la frente inclinada, la pobre anciana se volvió á su solitaria morada.

XVIII.

EL VOTO DE ANTONIO.

Dos dias después de vuelta en la posada, Battista y Speranza se casaron sin ostentacion en la parroquia. A eso de las diez, que era la hora á que almorzaba la familia inglesa, todas las señales de la fiesta imprescindible, es decir, la modesta comida y un número muy corto de convidados, habian desaparecido completamente.

Sin embargo, el marino Battista deseaba mostrar por la calle Mayor de Bordighera la hermosa presa que habia hecho, y anhelaba tambien una serenata aquella noche.

A Speranza la habria gustado igualmente desplegar á los ojos de todo el pueblo su aderezo de novia, regalo de Lucy que habia llegado de Génova la noche antes, á ver el efecto que producía al lado de la chaquetilla de terciopelo del novio; pero bien considerado, tuvieron por mas prudente el privarse de tal satisfaccion. El fino vestido de gasa, el rico velo y la corona de flor de azahar se guardaron después de un violento esfuerzo comparable solo en heroísmo con el de Battista cuando dió gracias á la banda musical de Bordighera, y la suplicó que prescindiere de la serenata.

— Con tal de que seamos dichosos ¿qué importa que lo parezcamos ó no? dijo Speranza explicándose con miss Davenne. Si luciera y vuestros hermosos regalos, todos murmurarian de la novia, de sus galas, de la boda y de todo, en diez leguas á la redonda. ¿Y qué resultaria? Que se acordarian de nosotros en cierta parte donde estamos mejor olvidados; cuanto menos se pronuncie el nombre de Battista será mejor para nosotros.

En cuanto entró en su curso regular la estación de los calores, es decir, á mediados de julio, se decidió que mis Davenne comenzaría á tomar los baños de mar. Habria querido bañarse al caer la tarde; pero Antonio se opuso, pues temió que el baño obrando como estimulante fuese contrario al sueño de la noche.

— Os construiremos un gabinete de baño, la dijo el doctor, donde estareis lo mismo que en vuestro cuarto.

Y no era una promesa engañosa, pues algunas horas después se podia ver en la playa del golfo de Spedaletti una cabaña tan bien cerrada y tan cómoda como las de Brighton ó de Dieppe.

Era esta cabaña ni mas ni menos que el cuerpo de un carro viejo guarnecido con una tienda y unos cortinajes; todo ello sujeto con cuerdas que se acortaban ó se alargaban, á unas fuertes estacas clavadas en la arena. Se llegaba al baño por una escala, y habia otra escala mas larga por el lado del mar. Cuatro banderines rojos ondeaban graciosamente al extremo de las cuatro varas que sostenian la techumbre de lienzo y daban á todo el conjunto cierto aire de coquetería.

En esto de los adornos justo es dar á Battista la parte que le corresponde; eran de invencion suya.

Cada mañana al amanecer, Lucy acompañada de Speranza que sabia nadar perfectamente, iba á tomar su baño y á disfrutar del espectáculo maravilloso que ofrecía el sol saliente.

Aunque habia pasado en el campo una parte de su infancia, Lucy á causa de su mala salud nunca habia mandrugado mucho; por consiguiente, ese admirable *credendo de luz*, de ruido y de vida, con el cual la naturaleza parece saludar la salida del sol, era una novedad para ella, y una novedad deliciosa.

Después del baño que no debía durar mas de quince minutos, Lucy tenia que tomar una taza de té bien caliente y volverse á la cama hasta las siete. Lo restante

de la mañana hasta el almuerzo, miss Davenne lo empleaba primero en regar y cuidar sus flores, y después en dibujar y en pintar al balcon.

El doctor Antonio llegaba siempre á las once y se quedaba una hora con ella conversando ó leyendo.

La tarde hasta la comida, se pasaba en dormir, en correr por el jardin, en leer á la sombra, pintar ó tocar el piano.

Creo que hemos olvidado de decir que se habia traído de Niza un buen piano. Algunas veces se cantaban duos con el doctor, que no dejaba nunca de hacer una segunda visita por la tarde.

Lucy terminaba generalmente el dia con un corto paseo por la colina, ó con una visita al casino del conde, y á veces con una vuelta en coche por las cercanías.

Pero este último ejercicio vino á ser muy raro, pues la buena Lucy habia podido observar la mortificacion del pobre Battista cuantas veces veia el coche á la puerta, y el aire confuso con que desaparecia entonces por el jardin.

Ahora bien, Lucy no tenia corazon para imponer á nadie pruebas inútiles. El terror extraordinario que miss Davenne inspirara en un momento á Battista, habia sido reemplazado por una veneracion y un culto no menos grandes.

Siempre que salia á pasearse, el marino iba de vigilante á cierta distancia, y cuando creia no ser visto se acercaba. Muchas veces fueron objeto de diversion y de sorpresa para Lucy y Antonio, su destreza y su prontitud en eclipsarse cuando los paseantes daban un rodeo repentino, para aparecer luego por detrás como una sombra.

Habia en Battista mucho de la naturaleza del perro; y no hacemos esta observacion para despreciarle, sino al contrario, porque la raza canina está dotada de una fidelidad, un cariño y una sagacidad que la colocan muy por encima de las demás naturalezas.

Los baños de mar aprovecharon mucho á nuestra heroína; pero creemos que la hizo mas bien aun el régimen de vida que hemos indicado. Sir John estaba loco de contento al ver su buen color y su principio de robustez, y chanceándose decia que en breve rivalizaria con la signora Pistacchini.

Si la vida del campo es saludable para el cuerpo, no lo es menos para el espíritu. Pocas personas han tratado de hacer conocimiento íntimo con la naturaleza interesándose en sus maravillosas operaciones, sin reconocer cuántas ideas grandes y nobles simpatías han despertado en su interior esas relaciones.

En todo caso, esto es lo que le sucedió á Lucy. Quizá la amistad de Lucy con un hombre de alguna experiencia, de mucha sensatez práctica y de una sincera sencillez de corazon como era el doctor Antonio, contribuyeron hasta cierto punto á ese resultado.

Sea como quiera, lo cierto es que Lucy era otra mujer, con nuevas facultades físicas é intelectuales.

Sin embargo, Antonio se atusaba la barba con mas furor que nunca. Desde el viaje á Lampedusa, ó para hablar con mas precision, desde aquella tarde en que Lucy se habia mostrado tan caprichosa y tan inconsecuente consigo misma, se habia operado un cambio en nuestro doctor. Aquella igualdad de espíritu y de carácter, que se habria podido comparar con la corriente suave y tranquila de un agua trasparente, se hallaba ahora un poco turbada y sujeta á intermitencias.

Antonio hablaba menos que antes; á veces cuando estaba sentado al lado de Lucy solia pasar media hora sin hablar, distraído como si no supiera donde se encontraba.

Un dia le sacó de estas meditaciones esta pregunta: — ¿En qué pensais?

Y el doctor interpelado de este modo se sonrojó, siendo lo mas curioso que á Lucy le sucedió lo mismo.

Tambien se notaba cierta cosa de ceremonioso en el modo con que solia dirigirse á miss Davenne, y se habria dicho que queria retroceder algunos pasos en la via de dulce familiaridad que las circunstancias habian producido entre ellos.

Pero Lucy no se sometia gustosa á tales maniobras; se iba derecha al grano, y con un mal humor de niña mimada exclamaba en tales ocasiones:

— ¿Qué os he hecho yo para que tengais conmigo hoy ese aire tan frio y tan reservado? ¿Queréis demostrarme que ahora que estoy buena no haceis ningun caso de mí?

Y otras amonestaciones por el estilo.

Como no se podia resistir al encanto de su voz y á los sentimientos que dictaban sus palabras, las tentativas de frialdad, admitiendo que las hubiera, no conducian sino á provocar en el corazon de entrambos sentimientos mas vivos aun de amistad y de interés.

No obstante, los sintomas de nuestro doctor Antonio denotaban alguna lucha interior. Sentimos no poder ser tan explicitos como quisiéramos acerca de la naturaleza precisa y el objeto de esta lucha; pues á decir verdad, estamos reducidos en este punto á simples conjeturas.

El corazon humano es una madeja cuyos hilos se hallan enredados de un modo tan sutil y tan imperceptible, que aun el mismo que le posee se halla á veces muy apurado para desenredar la madeja, y segun las probabilidades, este era el caso del doctor Antonio.

Que un hombre tan sensato, tan poco ambicioso y además tan positivo, se entregase temerariamente á locas ilusiones, es una hipótesis que no podríamos admitir un solo instante. Pero que la imaginacion, esa hada insidiosa, no pudiese cogerle de tiempo en tiempo

desprevenido y operar sobre él alguno de sus hechizos, esto tampoco es imposible.

Antonio al cabo y al fin no era mas que un hombre, y segun las apariencias se hallaba atacado de una enfermedad comun al hombre, y que afecta, segun dicen, á los órganos de la vision mental. Además hay horas en la vida, y particularmente la hora traidora que acaba la tarde, en que el espíritu mas firme no se halla á prueba de las alucinaciones tentadoras.

Entonces las cosas mas imposibles nos parecen hasta fáciles. Cuando un hombre, pasado el momento del extravío ayuda á la razon á que recobre su debido imperio, hace á nuestro juicio, todo lo que humanamente se puede esperar de él; y ¿quién puede decir si esos accesos de humor taciturno no eran en Antonio los silenciosos esfuerzos de un alma ocupada en ahuyentar á los fantasmas engañosos evocados en mal hora por la imaginacion?

Pero es tiempo de proseguir nuestra historia.

— ¿Conoceis á lord Carnifex? preguntó una noche Antonio á sir John cuando miss Davenne se hubo retirado á su aposento.

La pregunta fué hecha con aire indiferente, pero con un tono afectado.

— Sí, respondió sir John; es un pariente lejano de la familia. ¿Teneis algo que decirme de él?

— He leído esta tarde en vuestro periódico un párrafo que le concierne á él y á su hija menor. Aquí está, añadió Antonio tomando el diario sobre una mesa y presentándole á sir John.

El baron leyó en voz alta:

— *Una novela en la alta sociedad.* — Hace algun tiempo hablamos á nuestros lectores de una aventura ocurrida en Florencia, en la cual miss Fanny Carnifex, la menor de las hijas del noble lord de este nombre, y un jóven pintor romano desempeñaban los primeros papeles.

« La escena que contábamos ha tomado las proporciones de una comedia en dos actos, que ha concluido con un raptc. Si nuestras noticias son exactas, el héroe, un tal Marini, hermoso jóven que apenas cuenta veinte y dos años, es de una familia honrada de la clase media, y está considerado como un artista de porvenir. Parece ser que era maestro de dibujo de miss Fanny, y que se aprovechó de la ocasion para galantear á su discípula. »

— ¡Tunante! exclamó sir John en forma de parénesis.

(Se continuará.)

Varada de la fragata blindada «la Normandie» en Cherburgo.

El 10 de marzo á las nueve y media de la mañana, tuvo lugar en el ante-puerto militar de Cherburgo, en presencia de una gran afluencia de curiosos que habian acudido al espectáculo de la grande marea, la varada al agua de la fragata de vapor *la Normandie*. Esta operacion dirigida por M. Joyeux, ingeniero de las construcciones navales, se efectuó con el mejor éxito.

La Normandie es un buque colosal; tiene ochenta metros de largo ó sean quince metros mas que un navío de tres puentes. A proa lleva una coraza de hierro que pesa dos mil toneladas. El peso total de *la Normandie* con su armamento completo, se calcula en seis mil toneladas, es decir, mil toneladas mas que un navío de primer orden de vela.

La fragata llevará treinta y seis cañones de grueso calibre. La máquina es de una fuerza de novecientos caballos; el hélice de bronce es de seis metros de diámetro.

La construccion de esta poderosa máquina de guerra que á pesar de su masa ofrece proporciones elegantes, hace el mayor honor al genio marítimo, y atestigua por su atrevimiento y los perfeccionamientos que realiza, los extraordinarios progresos de la arquitectura naval en Francia.

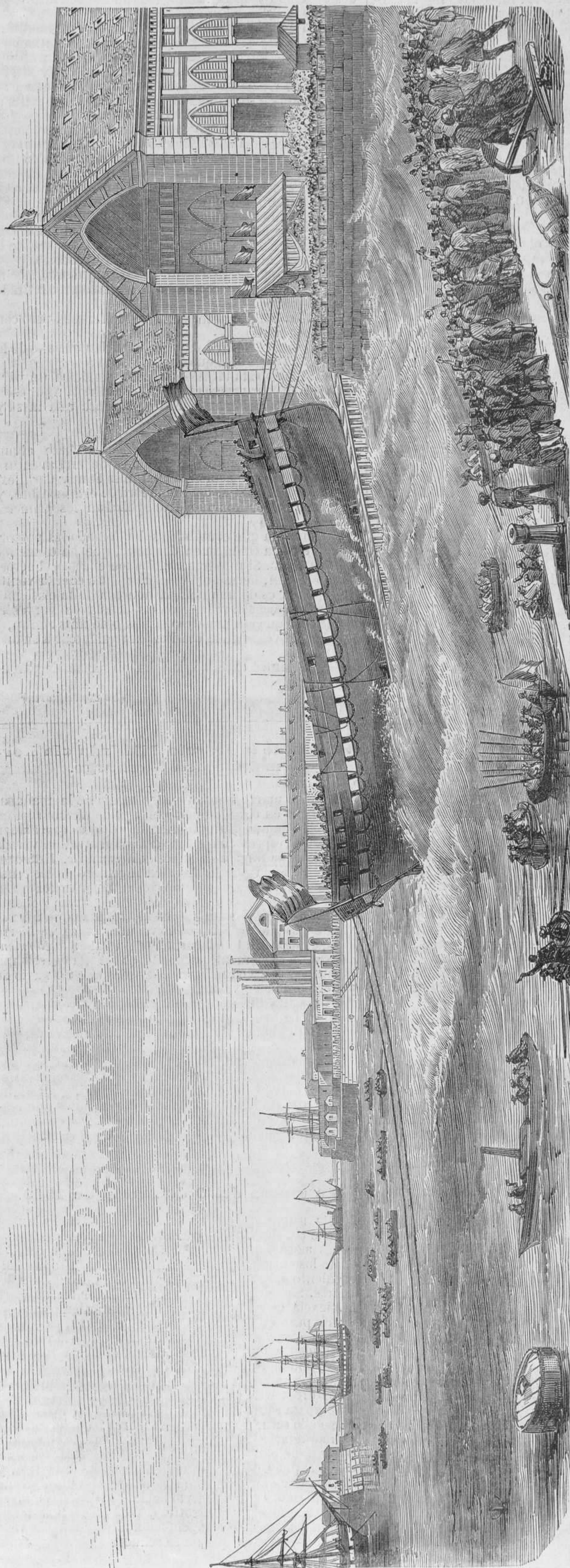
C. M.

La marea del 9 de marzo de 1860.

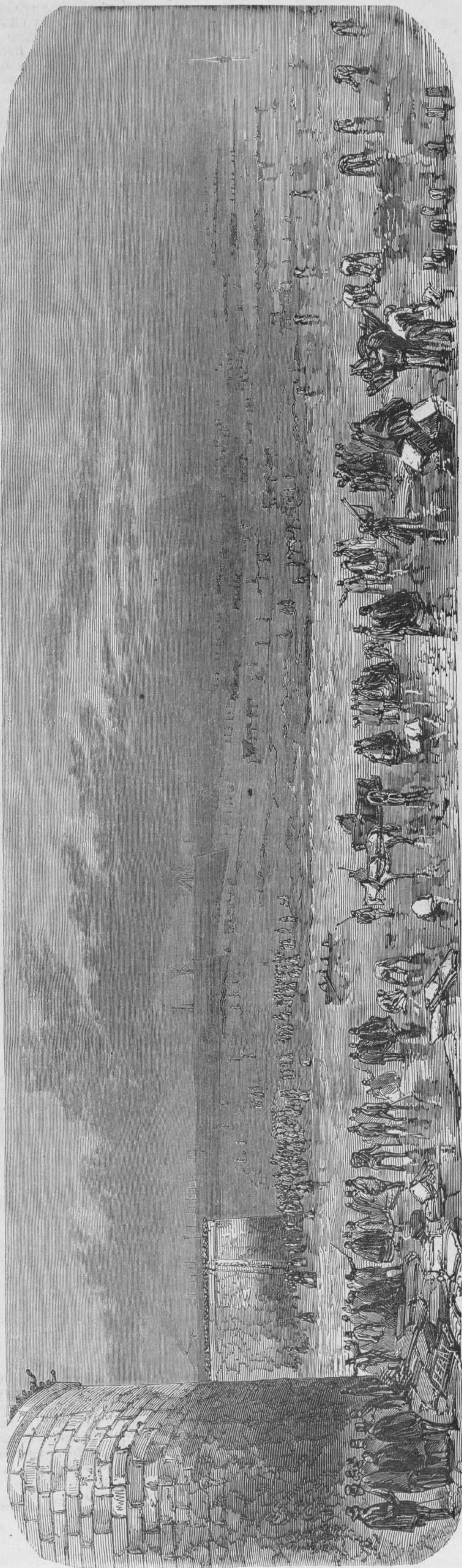
Esta marea que segun se anunció debía ser la mas grande del siglo, no ha correspondido á los pronósticos de los astrónomos; produciendo un desengaño general entre los curiosos que habrian visto con gusto el cumplimiento del programa, aunque á costa de algunos desastres. Sin embargo, seria injusto hacer recaer sobre la ciencia la responsabilidad del contratiempo; si el viento puso en derrota los cálculos esta vez, es posible que en otra circunstancia favorezca un poco mejor la curiosidad, y que la grande marea, que está mas próxima, obtenga un triunfo imprevisto.

En el número de los desengañados se encuentra uno de los artistas de nuestro periódico que habia pasado al Havre para sacar un dibujo de la marea colosal, y solo ha podido sacar una vista con la marea baja. La retirada extraordinaria del mar procuró á los parisenses que estaban en el Havre la satisfaccion de pescar muchas conchas fuera de los límites de la pesca ordinaria, y de inscribir gloriosamente sus nombres en rocas que no habian estado á descubierto hacia un siglo. Todo no se ha perdido pues para nosotros y para nuestros lectores, ya que podemos en compensacion ofrecer aqui la vista de un espectáculo que no se renueva sino á largos intervalos.

F.



VARADA EN EL PUERTO MILITAR DE CHERBURGO DE LA FRAGATA BLINDADA LA NORMANDIA.



ASPECTO DE LA ENTRADA DEL PUERTO DEL HAVRE DESPUES DE LA RETIRADA DE LA MAREA DEL 9 DE MARZO DE 1860.

Teatros de Paris.

TEATRO DE LA ACADEMIA IMPERIAL DE MÚSICA.

Pierre de Médicis, ópera en cuatro actos y siete cuadros; poema de los señores Saint-Georges y Emilien Pacini; música del príncipe Poniatowski.

Personajes.	Cantantes.
El duque Pedro de Médicis.	MM. Gueymard.
Julian de Médicis, su hermano.	Bonnehee.
Fray Antonio, inquisidor mayor.	Obin.
Paolo Monti, noble de Pisa, amigo de Julian.	Aymés.
Laura Salviati, sobrina del inquisidor.	Mad. Gueymard Lauters.

Antes de explicar el argumento de esta ópera, no será inoportuno dar al lec-



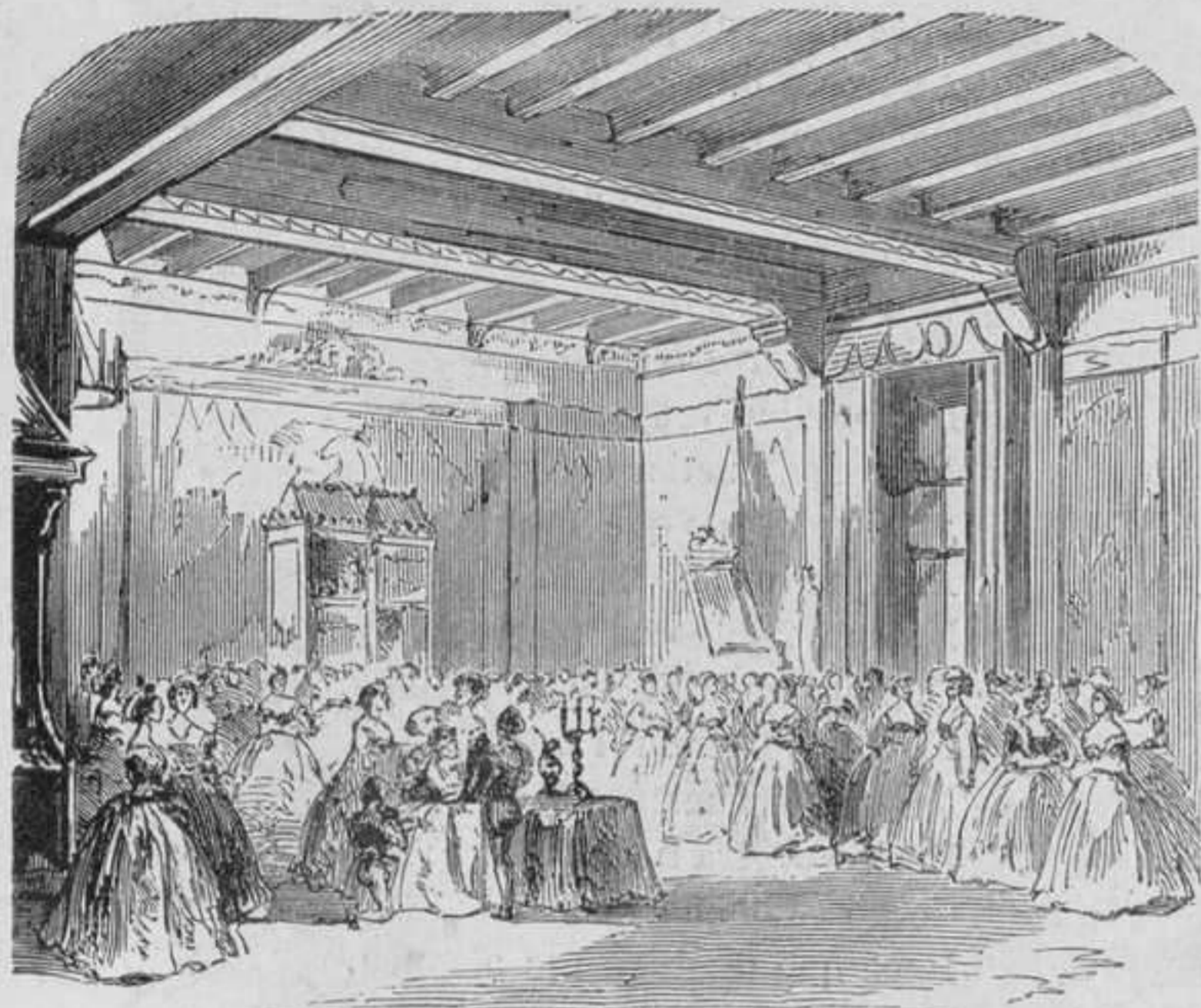
TEATRO IMPERIAL DE MÚSICA. — *Pierre de Médicis*, ópera. — 1er cuadro. — El palacio ducal en Pisa, por MM. Nolau y Rubé.

tor la noticia histórica que le ha servido de base.

Pedro de Médicis, hijo de Lorenzo el Magnífico, fué soberano, por muerte de su padre, de los Estados de Florencia y Pisa, el año de 1492.

Las costumbres disolutas del jóven y libertino príncipe, sus crueldades y la debilidad excesiva que le hizo ceder al rey Carlos VIII la ciudad de Pisa, á pesar de las protestas de sus súbditos y del consejo de los Diez, excitaron contra él la indignacion de la nobleza y del pueblo, y estalló una revolucion. Entonces Pedro, desdénando los consejos del dominico Francisco Savonarola, huyó de Florencia, donde despues de turbulencias y sangrientas revueltas, su hermano Julian, príncipe querido de todos, fué aclamado por la nacion para suceder á aquel en el trono. Pedro, despues de varias tentativas para volver á ocuparle, murió miserablemente.

El fraile Savonarola, cuya ambicion habia contribuido tanto á la ruina de



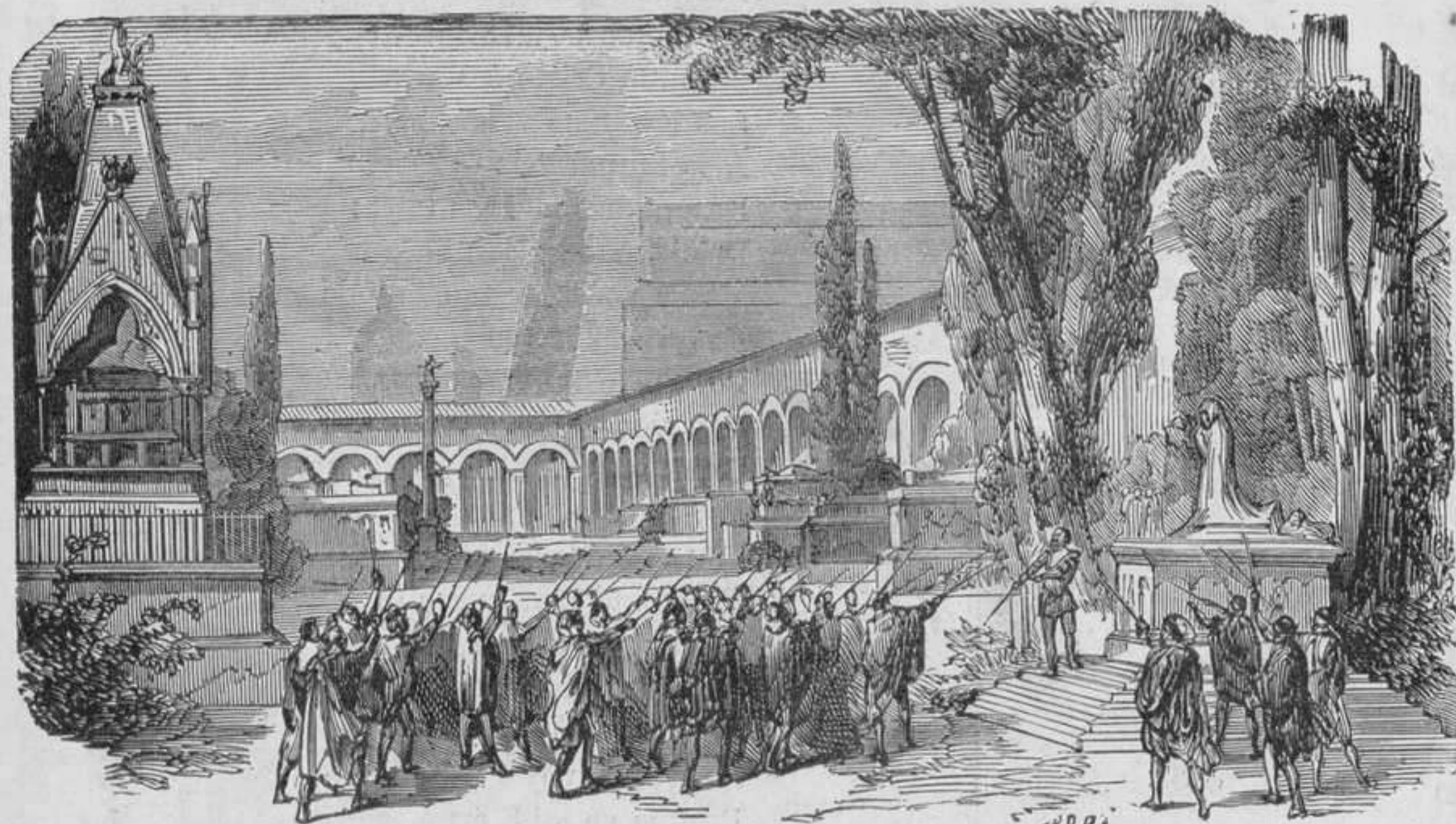
2º cuadro. — Aposento de Laura, por MM. Nolau y Rubé.



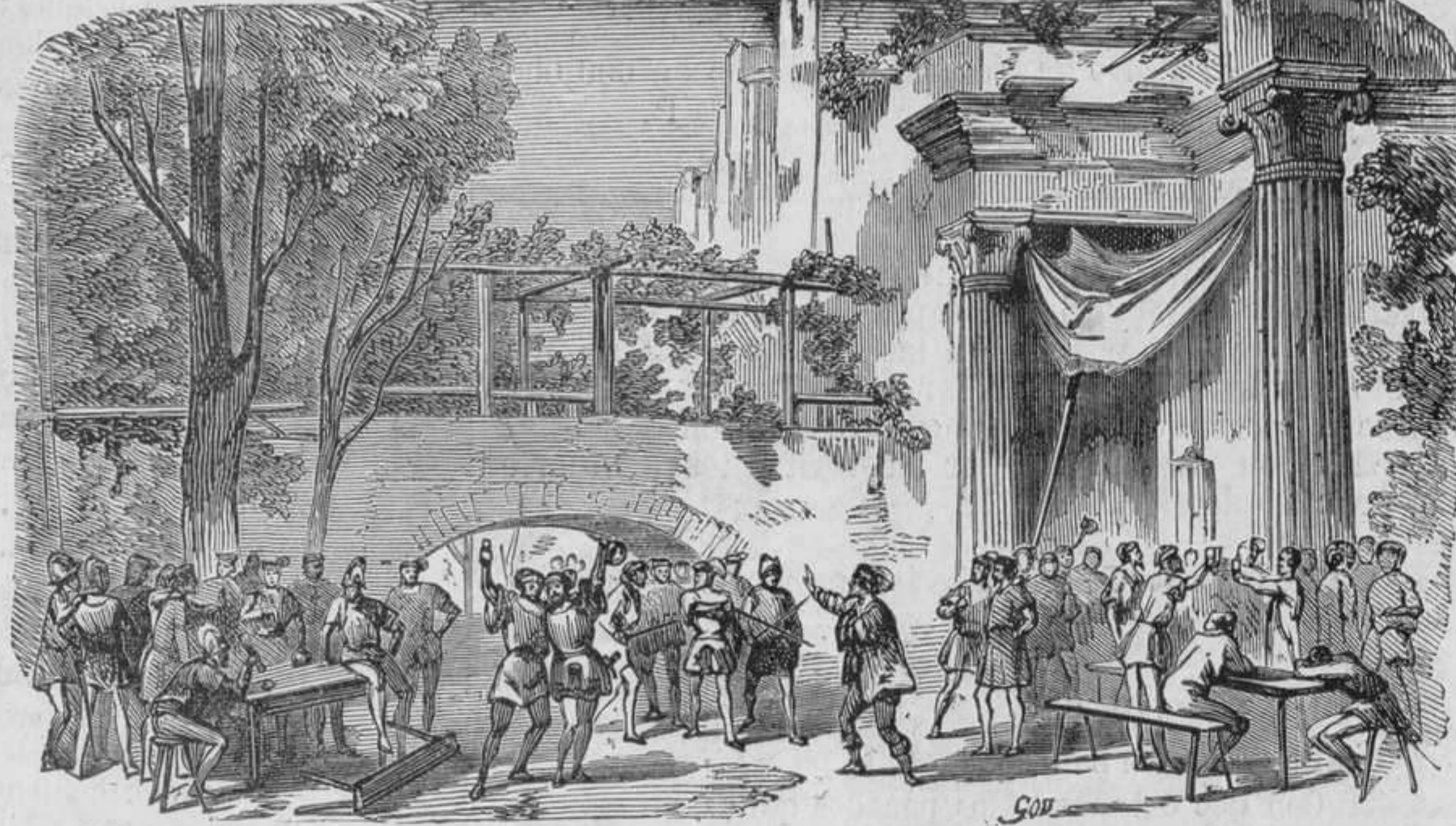
3er cuadro. — El jardín del palacio ducal, por MM. Nolau y Rubé.



4º cuadro. — Cabaña de pescador, por M. Desplechin.



5º cuadro. — El Campo Santo de Pisa, por M. Desplechin.



6º cuadro. — La taberna, por MM. Cambon y Thierry.

su señor, se escondió en el convento de San Marcos de Pisa, donde fué cogido y sacrificado al furor del pueblo.

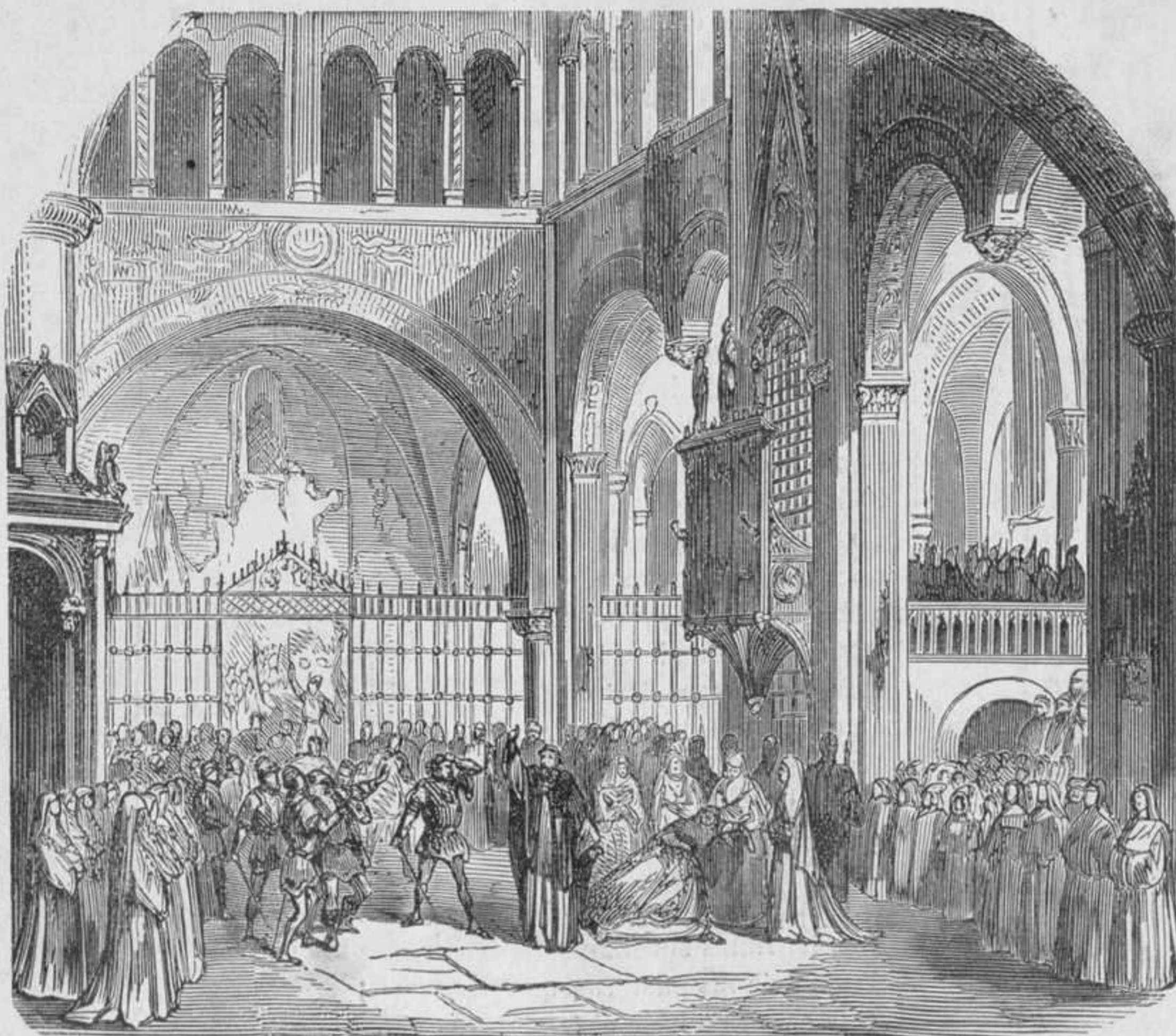
Estos hechos históricos han inspirado la primitiva idea á los señores Saint-Georges y Pacini; pero en el desarrollo de su obra se han apartado mucho de ellos para darla interés dramático.

Hé aquí una reseña del asunto de la ópera :

Julian es gobernador general de Pisa en nombre de su hermano, el cual viene á esta ciudad, abandonando á Florencia, no por hacer tamaño honor á los pisanos, sino en seguimiento de una dama á quien vió en su córte, y de la que está violentamente apasionado : Laura de Salviati, sobrina del inquisidor mayor, la cual corresponde con el amor mas puro al de Julian, con quien debe unirse pronto en matrimonio.

El soberano, no escuchando mas voz que la de su pasion, para conseguir á Laura decide casarse con ella, y así se lo propone al inquisidor. El fraile, que por este medio puede emparentar con el monarca y llegar á las mas altas dignidades, trata de inclinar el ánimo de su sobrina, pero para ello necesita alejar á Julian y separarle del objeto de su cariño.

Así que Pedro descubre que su hermano es su rival favorecido, le nombra grande almirante de la flota que debe marchar



7º y último cuadro. — La toma del velo, por MM. Cambon y Thierry.

inmediatamente á combatir contra los infieles. Julian, colocado entre su amor y su deber, acepta el honor del peligro; que en un guerrero es mengua excusar; pero antes de su embarque quiere casarse con Laura.

Excusado es añadir que su celoso hermano le niega tal favor, puesto que es eso precisamente lo que se propone evitar.

En tan grave conflicto, no queda otro recurso á los amantes que la fuga, y casarse en secreto fuera de los dominios del tirano.

Huyen en efecto; pero Laura, cogida por Pedro y por el inquisidor, se ve en la dura alternativa de ser esposa de su perseguidor ó del Señor. Antes que ser perjura al objeto de su cariño, prefiere el convento. En él tiene lugar el segundocuarto del último acto, y en el instante mismo en que van á cerrarse tras Laura las puertas del claustro y abandonar ella el mundo para siempre, se da la batalla, en que queda vencedor Julian y Pedro mortalmente herido. Viendo próximo el último instante de su vida, el arrepentimiento le hace querer reparar el mal que ha causado : se dirige al convento para impedir la profesion de Laura y unirla á su hermano . . . pero un momento antes las tijeras de la abadesa han hecho caer al suelo la larga y rubia cabellera de la hermosa Laura, la cual ya es esposa de Dios y no puede pertenecer á

ningun hombre. Los parisienses, que con justa razon se envanece de marchar á la cabeza de la civilizaci6n europea, por ser esta moderna Atenas el emporio de las ciencias y de las artes, en música están atrasadísimos. Los grandes compositores, como ha sucedido con Verdi, llegan á ser conocidos en Paris muchos años despues de gozar ya de gran reputaci6n en las otras naciones.

Ahora resucitan vejezes como *Orpheo* y otras óperas de ese jaez, y llamarán *profano* al que se atreva á decirles que *Il matrimonio secreto* es una ópera fria é insípida, por mas que esté escrita por un gran compositor. Y eso los que se creen mas inteligentes; porque *les gandins*, como llaman ahora aquí á los elegantes, estos van á la ópera por moda únicamente y para hacerse ver. Llegan mucho despues de empezada, se van antes que se concluya, y no prestan atenci6n al resto.

En la noche que se estrenó esta ópera, el 9 de marzo, se veían sin embargo en el gran teatro casi todas las eminencias del arte musical, los verdaderos y pocos inteligentes aficionados que encierra Paris, los folletinistas de los principales periódicos, las damas de la aristocracia, ó por mejor decir, de todas las aristocracias, la del nacimiento, la del talento y la del dinero. Y para que nada faltase á tan brillante representaci6n, la honraron SS. MM. el emperador y la emperatriz, ocupando su palco, que en los coliseos de Paris es el principal de proscenio á la izquierda de los espectadores.

Limitándome á manifestar aquí la impresi6n de la primera noche, diré que la música del príncipe Poniatowski ha gustado muchísimo: que el escogido y numeroso público de que he hablado mas arriba, aplaudió con el mayor entusiasmo todas las piezas, pidiendo la repeticion de algunas; y que en los palcos y en el foyer no se oía mas que una misma cosa: todos conocían ya favorablemente al príncipe por otras óperas anteriores, *Don Desiderio* entre ellas; pero con *Pedro de Médicis* ha puesto el sello á su justa reputaci6n musical y de grande artista, y ya hoy se le considera en Paris como uno de los primeros compositores contemporáneos.

El libretto, ó mejor dicho, el poema de los señores Saint-Georges, ya acreditado en este género de literatura, y Emilien Pacini, que con tanto acierto tradujo *Il Trovator* del italiano al francés, está escrito con inteligencia, gusto y conocimiento de las situaciones musicales.

En Paris es un acontecimiento el estreno de una ópera en el Gran Teatro (generalmente no se estrena mas que una todos los años), á causa de que se exornan con tanto lujo de trajes y aparato escénico, que cuestan sumas fabulosas: *Pedro de Médicis* ha pasado de 600,000 reales.

Correspondiendo este número á la semana santa, insertamos aquí varias composiciones alegóricas de nuestros grandes poetas, en las que lo sublime del objeto se reune con la singular belleza de las formas, y donde la pluma del cristiano aparece digna de cantar la redenci6n del mundo por los tormentos y muerte del Crucificado.

Cancion á Jesucristo crucificado.

Inocente Cordero,
En tu sangre bañado,
Con que del mundo los pecados quitas,
Del robusto madero
Por los brazos colgado
Abiertos, que abrazarme solicitas;
Ya que humilde marchitas
La color y hermosura
De ese rostro divino,
A la muerte vecino;
Antes que el alma soberana y pura
Parta para salvarme,
Vuelve los mansos ojos á mirarme.

Ya que el amor inmenso
Con último regalo
Rompe de esa grandeza las cortinas,
Y con dolor intenso
Arrimado á ese palo,
La cabeza rodeada con espinas
Hacia la Madre inclinas,
Y que la voz despides
Bien de entrañas reales,
Y las culpas y males
A la grandeza de tu Padre pides
Que sean perdonados,
Acuérdate, Señor, de mis pecados.

Aquí donde das muestras
De maniroto y largo
Con las palmas abiertas con los clavos;
Aquí donde tú muestras
Y ofreces mi descargo;
Aquí donde redimes los esclavos,
Donde por todos cabos
Misericordia brotas,

Y el generoso pecho
No queda satisfecho
Hasta que el cuerpo de la sangre agotas;
Aquí, Redentor, quiero
Venir á tu justicia yo el primero.

Aquí quiero que mires
Un pecador metido
En la ciega prisi6n de sus errores;
Que no temo te aires
En mirarte ofendido,
Pues abogando estás por pecadores;
Que las culpas mayores
Son las que mas declaran
Tu noble pecho santo,
De que te precias tanto;
Pues cuando las mas graves se reparan,
En mas tu sangre empleas,
Y mas con tu clemencia te recreas.

Por mas que el peso grave
De mi culpa se siente
Cargar sobre mi corvo y flaco cuello,
Que tu yugo suave
Sacudió inobediencia,
Quedando en nueva sujeci6n por ello;
Por mas que el suelo huella
Con pasos tan cansados,
Alcanzarte confio;
Que, pues por el bien mio
Tienes los soberanos piés clavados
En un madero firme,
Seguro voy que no podrás huirme.

Seguro voy, Dios mio,
De que el bien que deseo
Tengo siempre de hallar en tu clemencia:
De ese corazon fio,
A quien ya claro veo
Por las ventanas de ese cuerpo abierto,
Que está tan descubierto,
Que un ladron maniatado
Que lo ha contigo á solas,
En dos palabras solas
Te lo tiene robado;
Y si esperamos, luego
De aquí á bien poco le acertara un ciego.

A buen tiempo he llegado,
Pues es cuando tus bienes
Repertes con el Nuevo Testamento.
Si á todos has mandado
Cuántos presentes tienes,
Tambien ante tus ojos me presento;
Y cuando en un momento
A la Madre hijo mandas,
Al discípulo madre,
El espíritu al Padre,
Gloria al ladron,
¿Cómo entre tantas mandas
Ser mi desgracia puede
Tanta, que solo yo vacío quede?

Miradme, que soy hijo
Que por mi inobediencia
Justamente podeis desheredarme.
Ya tu palabra dijo
Que hallaria clemencia
Siempre que á tí volviere á presentarme.
Aquí quiero abrazarme,
A los piés de esta cama
Donde estás espirando;
Que si, como demando,
Oyes la voz llorosa que te llama,
Grande ventura espero,
Pues siendo hijo, quedaré heredero.

Por testimonio pido
A cuantos te están viendo,
Cómo á este tiempo bajas la cabeza:
Señal que has concedido
Lo que te estoy pidiendo,
Como siempre esperé de tu largueza.
¡Oh admirable grandeza!
Caridad verdadera!
Que, como sea cierto
Que hasta el testador muerto
No tiene el testamento fuerza entera,
Tan generoso eres,
Que porque todo se confirme mueres.

Cancion, de aquí no hay paso.
Las lágrimas sucedan
En vez de las palabras que te quedan;
Que esto nos pide el lastimoso caso.
No contentos agora
Cuando la tierra, el sol y el cielo llora.

FRAY LUIS DE LEON.

Jesús se despide de su Santísima Madre.

Los dos mas dulces esposos,
Los dos mas tiernos amantes,
Los mejores madre é hijo,
Porque son Cristo y su Madre,
Tiernamente se despiden,
Tanto, que solo en mirarse
Parece que entre los dos
Se están repartiendo el cáliz.
Hijo, le dice la Virgen,
¡Ay, si pudiera excusarse
Esta llorosa partida
Que las entrañas me parte!
A morir vas, hijo mio,
Por el hombre que criaste;
Que ofensas hechas á Dios
Solo Dios las satisface.
No se dirá por el hombre
Quien tal hace que tal pague,
Pues que vos pagais por él
Al precio de vuestra sangre.
Dejadme, dulce Jesús,
Que mil veces os abrace,
Porque me deis fortaleza
Que á tantos dolores baste.
Para llevaros á Egipto
Hubo quien me acompañase,
Mas para quedar con vos,
¿Quién dejais que me acompañe?
Aunque un ángel me dejeis,
No es posible consolarme;
Que ausencia de un hijo Dios
No puede suplirla un ángel.
Ya siento vuestros azotes
Herir vuestra tierna carne;
Como es hecha de la mia,
Hace que tambien me alcance.
Vuestra cruz llevo en mis hombros,
Y no hay pasar adelante,
Porque os imagino en ella,
Y aunque soy vuestra, soy madre.
Mirando Cristo á María
Las lágrimas venerables,
A la Emperatriz del cielo
Responde palabras tales:
Dulcísima madre mia,
Vos y yo dolor tan grande
Dos veces le padecemos,
Porque le tenemos antes.
Con vos quedo, aunque me voy;
Que no es posible apartarse
Por muerte ni por ausencia
Tan verdaderos amantes.
Ya siento mas que mi muerte
El ver que el dolor os mate;
Que el sentir y el padecer
Se llaman penas iguales.
Madre, yo voy á morir,
Porque ya mi Eterno Padre
Tiene dada la sentencia
Contra mí, que soy su imágen.
Por el mas errado esclavo
Que ha visto el mundo ni sabe,
Quiere que muera su hijo;
Obedecerle es amarle.
Para morir he nacido:
El me mandó que bajase
De sus entrañas paternas
A las vuestras virginales.
Con humildad y obediencia
Hasta la muerte ha de hallarme.
La cruz me espera, Señora,
Consuéleos Dios; abrazadme.
Contempla á Cristo y María,
Alma, en tantas soledades,
Que ella se queda sin hijo,
Y que él sin madre se parte.
Llega, y dile: Virgen pura,
¿Quereis que yo os acompañe?
Que si te quedas con ella,
El cielo podrá envidiarte.

La agonía.

La tarde se oscurecía
Entre la una y las dos,
Que viendo que el sol se muere
Se vistió de luto el sol.

Tnieblas cubren los aires,
Las piedras de dos en dos
Se rompen unas con otras,
Y el pecho del hombre no.
No cesan los serafines
De llorar con tal dolor,
Que los cielos y la tierra
Conocen que muere Dios.
Cuando Cristo está en la cruz
Diciendo al Padre: Señor,
¿Porqué me has desamparado?
¡Ay Dios, qué tierna razon!
¿Qué sentiria su madre
Cuando tal palabra oyó,
Viendo que su hijo dice
Que Dios le desamparó?
No lloreis, Virgen piadosa,
Que aunque se va vuestro amor,
Antes que pasen tres días
Volverá á verse con vos.
Pero como las entrañas
Que nueve meses vivió,
Verán que corta la muerte
Fruto de tal bendicion.
« ¡Ay hijo! la Virgen dice:
¿Qué madre vió como yo
Tantas espadas sangrientas
Traspasar tu corazon?
¿Dónde está vuestra hermosura?
¿Quién los ojos eclipsó,
Donde se miraba el cielo
Como de su mismo autor?
Partamos, dulce Jesus,
El cáliz de esta pasión,
Que vos le bebeis de sangre
Y yo de pena y dolor.
¿De qué me sirvió guardaros
De aquel rey que os persiguió,
Si al fin os quitan la vida
Vuestros enemigos hoy? »
Esto diciendo la Virgen,
Cristo el espíritu dió.
Alma, si no sois de piedra,
Llorad, pues la culpa sois.

La espiracion.

Desamparado de Dios,
Del hombre puesto en un palo,
El alma tiene Jesus
En sus santísimos labios.
A su eterno Padre mira
Abriendo los ojos santos,
Que ya cerraba la muerte
Atrevida al velo humano.
Con voz poderosa dice
(Cielos y tierra temblando):
« Mi espíritu, Padre mio,
Pongo en tus sagradas manos. »
Abajando la cabeza
Sobre el pecho quebrantado,
A la muerte dió licencia
Para que flechase el arco.
Espiró el dulce Jesus,
Y del sangriento holocausto
Sale aquella alma obediente
Dejando el cuerpo entre clavos.
Desnudo y muerto sin honra
Mira el Padre soberano
A su dulcísimo Hijo
Por un miserable esclavo.
No manda que de la cruz
Los espíritus alados
Le desprendan y le entierren
En urnas de jaspe y mármol;
Manda al sol que se retire
Y él lo hiciera sin mandarlo,
Por no ver desnudo á Cristo
Hecho á tormentos pedazos.
Manda que se vistan luto
Los celestes cortesanos,
Y que se apaguen las luces
De estrellas, planetas y astros,
Que la tierra y mar se turben,
Y que los hombres ingratos
Sepan que ha muerto por ellos
Un hijo que quiere tanto.
Rompióse el velo del templo,
Cayeron los montes altos,
Abriéronse los sepulcros,
Y hasta las piedras hablaron.
Mas llamando encantamientos
El pueblo tales milagros,

Quebrarle quieren los huesos
Que solo quedaban sanos.
Y como le hallaron muerto
Por ir seguro un soldado,
Puso la lanza en el ristre
Arremetiendo el caballo.
Y abrió por el santo pecho
Tal herida á Cristo santo,
Que se le vió el corazon
Como buen enamorado.
El corazon que los hombres
Vieron en obras tan claro,
Quiso que tambien se viese
Dar agua, de sangre falto.
Alma, á la virgen Maria
Considera en este paso,
Pues la traspassa el dolor,
Si á Cristo el hierro inhumano.
¿Qué quereis á un hombre muerto?
Le diria el lirio casto;
Mas bien haceis, pues yo vivo,
Que soy de Cristo retrato.
Ya del nuevo Adán dormido,
Y de su abierto costado,
Sale la Iglesia, su esposa;
Para en uno son entrambos.
Ya salen los sacramentos,
Ya el bautismo y el pan santo,
Que como es horno de amor,
Sale el pan Dios abrasado.
En la ventana del cielo
Ha quitado Dios el marco,
Para que vean los hombres
Que no tiene mas que darlos.
Pues, dulcísimo Jesus,
Si despues de piés y manos,
Tambien dais el corazon,
¿Quién podrá el suyo negaros?

Llanto de Nuestra Señora.

La Madre piadosa estaba
Junto á la cruz, y lloraba
Mientras el Hijo pendia;
Cuya alma triste y llorosa,
Traspassada y dolorosa
Fiero cuchillo tenia.
¡Oh cuán triste, oh cuán afrita
Se vió la Madre bendita,
De tantos tormentos llena,
Cuando triste contemplaba
Y dolorosa miraba
Del Hijo amado la pena!
¿Y cuál hombre no llorara
Si la Madre contemplara
De Cristo en tanto dolor?
¿Y quién no se entristeciera,
Piadosa Madre, si os viera
Sujeta á tanto rigor?
Por los pecados del mundo
Vió á Jesus en tan profundo
Tormento la dulce Madre,
Y muriendo el Hijo amado,
Que rindió desamparado
El espíritu á su Padre.
¡Oh Madre, fuente de amor,
Hazme sentir tu dolor,
Para que llore contigo!
Y que por mi Cristo amado
Mi corazon abrasado,
Mas viva en él que conmigo;
Y porque á amarle me anime,
En mi corazon imprime
Las llagas que tuvo en sí;
Y de tu Hijo, Señora,
Divide conmigo ahora
Las que padeció por mí.
Hazme contigo llorar,
Y de veras lastimar
De sus penas mientras vivo;
Porque acompañar deseo
En la cruz, donde le veo,
Tu corazon compasivo.
Virgen de virgenes santas,
Llore yo con ansias tantas,
Que el llanto dulce me sea;
Porque su pasión y muerte
Tenga en mi alma de suerte
Que siempre sus penas vea.
Haz que su cruz me enamore,
Y que en ella viva y more,
De mi fe y amor indicio:
Porque me inflame y me encienda,

Y contigo me defienda
En el dia del juicio.
Haz que me ampare la muerte
De Cristo cuando en tan fuerte
Trance vida y alma estén;
Porque cuando quede en calma
El cuerpo, vaya mi alma
A su eterna gloria. Amen.

LOPE DE VEGA.
Romancero espiritual.

Mapa de la vertiente de los Alpes.

SABOYA Y EL CONDADO DE NIZA.

El *ducado de Saboya* se compone de las provincias de Chambery, Alta Saboya, Mauriena, Tarentesa, Ginevrina (6 provincia de Annecy), Faucigny y Chablais. Cuenta unos 600,000 habitantes repartidos en 19 villas, 36 pueblos y 594 aldeas. — Chambery, la villa principal, tiene 14,000 habitantes. — Lesseillon del Orc, pequeña plaza fortificada para cerrar el camino del monte Cenís, está situada entre Modana y Lansleburgo, en el centro de la Mauriena, y con tres pisos de casamatas. Otra obra de defensa hay sobre el camino mismo, y otras dos casi inabordables situadas en la prolongacion del peñasco de Lesseillon impiden que se flanquee la posicion y sirven de reductos para las tropas de la Tarentesa. En el monte Cenís hay, por el lado del hospicio, un cuartel de infanteria para 2,400 hombres, y otro de caballeria para 250 hombres, rodeados ambos de un muro almenado de 4 metros de altura y de 85 centímetros de grueso flanqueado de dos torres con casamatas. A unos 300 metros del hospicio, en la garganta del Gato, se encuentra una obra avanzada para 50 hombres y algunas bocas de fuego. El camino pasa por el recinto y á lo largo de los cuarteles. — Se entra de Francia en la Saboya pasando el rio de Guiers por Pont de Beauvoisin.

El *condado de Niza* se compone de las provincias de Niza, Oneille y San Remo, y cuenta unos 200,000 habitantes repartidos en 6 villas, 16 pueblos y 160 aldeas. La poblacion principal, Niza, cuenta unos 30,000 habitantes; tiene un puertecillo defendido por 4 baterías de costa y una ciudadela ruinosa; — San Remo tiene un fuertecillo; — Villafranca posee una ciudadela que forma un cuadro bastionado que defiende el puerto, y una rada magnífica; — Vintimiglia, en el camino de Génova á Niza, tiene un hermoso fuerte, así como Saorgio en el camino del cuello de Tende.

La Saboya corresponde á las provincias que los latinos llamaban *Alpes Graiae, Penninae*; encontrábanse allí los *Allobroges*, los *Centrones*, los *Nantuates* y los *Vera-gri*. El nombre de *Sabaudia*, del que deriva el nombre actual, data de fines del siglo IV. Despues de haber formado parte del imperio romano y del de Carlomagno, la Saboya pasó en 888 bajo la dominacion de Rodolfo, rey de la Borgoña trasjurana; fué reunida despues al imperio germánico por Conrado el Sálico, que la erigió en condado por los años de 1029 en favor de Humberto el de las Manos Blancas, del que salieron los condes de Saboya, y por fin se hizo ducado en 1416.

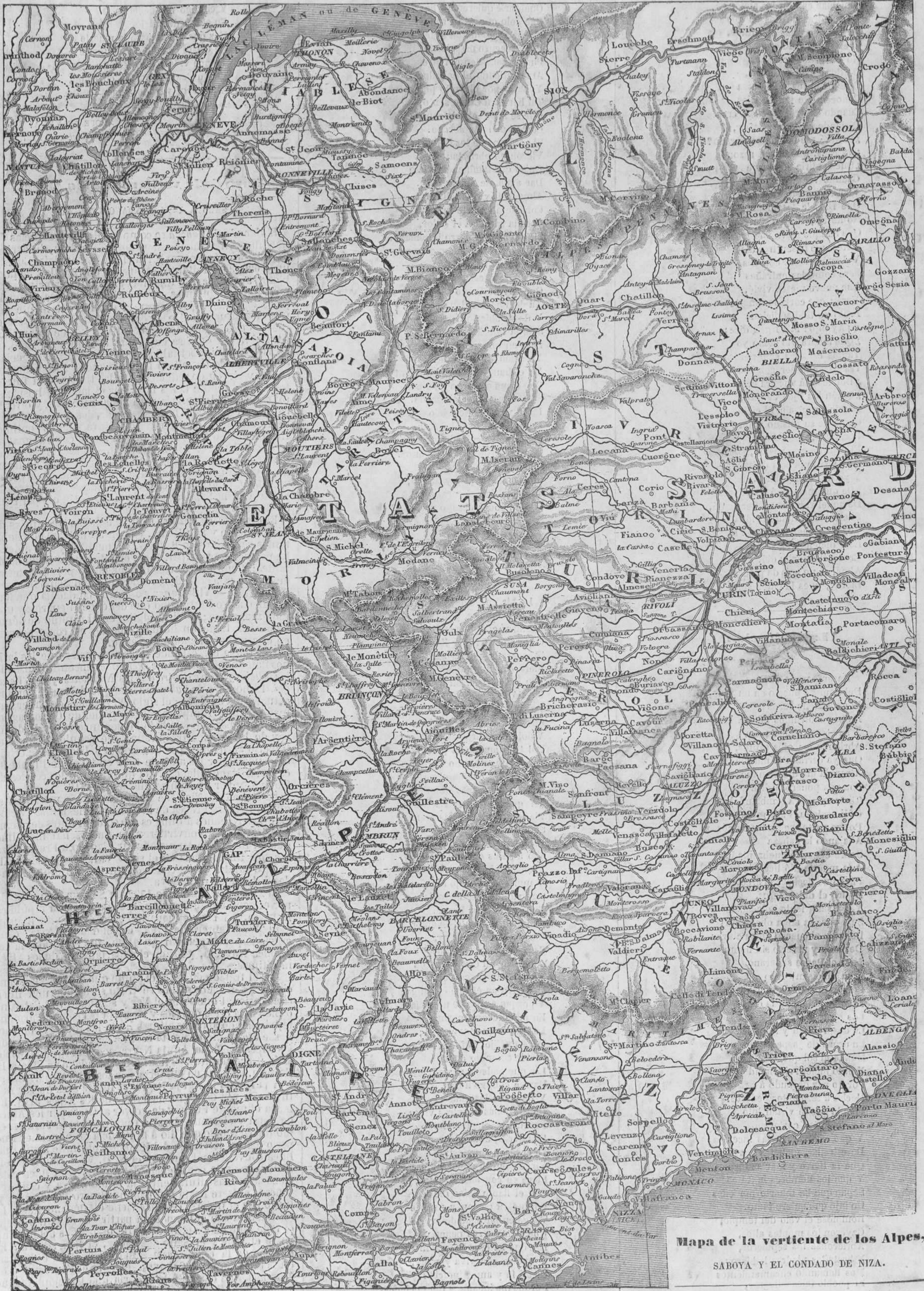
La ciudad de Niza fué fundada por los massilianos, que la llamaron Nicea de la palabra griega *niké* (victoria). Los romanos á quienes la cedieron antes del tiempo de César, la convirtieron en un arsenal marítimo que en tiempo de Augusto fué trasladado á Frejas. Niza recobró importancia en el siglo VIII, y en el siglo XII se hizo capital de un condado. En 1388 se dió á Amadeo VII, duque de Saboya.

El 21 de noviembre de 1792, la Saboya, conquistada por el general Montesquiou, fué reunida á la república francesa, y formó el departamento del Monte Blanco.

El 4 de febrero de 1793, el condado de Niza, conquistado por el general Anselme, fué reunido á la república francesa, y formó el departamento de los Alpes marítimos.

Por el tratado de 1815, el limite que separa á la Francia de los Estados sardos se trazó, siguiendo una línea convencional que sigue el Var y su afluente el Esteron, ó bien deja estos dos rios y los corta perpendicularmente, siguiendo algunas alturas hasta las fuentes del Var. Desde ese punto el limite está formado por la cresta de los Alpes hasta la Aguja Negra, y esta segunda parte es la única natural. — Reunido el condado de Niza á la Francia, esta queda cubierta por los Alpes marítimos.

A partir de la Aguja Negra el limite cesa de ser natural. En vez de seguir la cresta de los Alpes al N. E. hasta el monte Furca y de volver al Oeste por los Alpes de Vaud y el monte Jorat á reunirse con el Jura en el monte Tierno (lo que dió á la Francia en el primer imperio todo el territorio del Ródano), el limite sigue una línea convencional que por el N. O. va á reunirse con el Ródano en la confluencia del Guiers. Esta línea está trazada por las alturas entre la Aguja Negra y el Isere, y desde el Isere hasta el Ródano primero por alturas y luego por el Guiers. Despues viene el Ródano hasta la confluencia con el London; á partir de ese punto hasta el Dole, uno de los picos del Jura, la línea es arbitraria; entre el Dole y el Salto del Doubs, el Jura separa á la Francia de la Confederacion helvética. — La dificultad en la anexion de la Saboya será para el Faucigny y el Chablais, que darian á la Francia una posicion amenazadora para Ginevra y la Suiza francesa.



Mapa de la vertiente de los Alpes,
SABOYA Y EL CONDADO DE NIZA.